11212

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.

Imprenta que fue de **Operarios**, calle del Factor, num. 9,
á cargo de Joaquin Muñoz.

1853.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

TITULOS DE LAS OBRAS

Amantes de Teruel. (Los)
Amantes de Chinchon. (Los)
Amor á la moda. (Un)
Amor y la moda (El).
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Anillo del Rey. (El)
Apariencias. (Las)
Al mejor cazador...
Angela.
Amores de la niña. (Los)
Banda de la Condesa. (La)
Baltasara. (La)
Bonito viaje.
Boadicea.
Con razon y sin razon.
Conjuracion femenina. (Una)
Cañizares y Guevara.
Creacion ó el Diluvio. (La)
Chal de cachemira. (El)
Chismes, parientes y amigos.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Como se rompen palabras.
Cada cual ama á su modo.
Caballero Feudal (El)
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dómine como hay pocos. (Un)
Esperanza.
Espinas de una flor.
¡Es un Angel!
¡Está loca!!
El 5 de Agosto.
Entre bobos anda el juego.
El Escondido y la Tapada.

TITULOS DE LAS OBRAS.

En mangas de camisa.
Esposa de Sancho el Bravo. (La)
El Rigor de las desdichas ó D. Hermógenes.
Faltas juveniles.
Flores de D. Juan. (Las)
Fausto. (El)
Flor de un dia.
Gloria del Arte. (La)
Guerras civiles (Las)
Gran Duque. (El)
Gitanilla de Madrid. (La)
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Hiel en copa de oro. (La)
Herencia de un poeta. (La)
Héroe de Bailén. (El) *Loa y Corona poética*
Historia china.
Indicios vehementes.
Instintos de Alarcon. (Los)
Juan sin tierra.
Juan Sin-Pena.
Juana de Arco.
Lecciones de amor.
Leccion de corte. (Una)
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Licenciado Vidriera. (El)
Lo mejor de los dados!!!
Llueven hijos.
Llave y un sombrero (Una)
Los dos sargentos Españoles ó la linda Vivandera.
Madre de San Fernando. (La)
Mi mamá.
Misterios de palacio.
Mujer misteriosa. (Una)

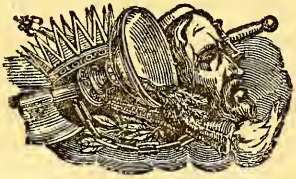
UNA HISTORIA DEL DIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. Angel Maria Dacarrete.

Estrenado en el Teatro del Príncipe en la noche del 4 de noviembre de 1853.



MADRID.
Imprenta que fué de OPERARIOS, á cargo de J. Muñoz, Factor, 9.
1853.

Esta comedia es propiedad de la Galeria titulada El Teatro, *cuyo dueño perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin su consentimiento.*

AL SEÑOR DON JOSE LUIS RETORTILLO.

Ha mucho tiempo, mi querido José Luis, que habia pensado dedicarte la primera obra mia que viese la luz pública. Ademas la dedicatoria de este drama á nadie pertenece mas que á tí, á quien primero comuniqué mi pensamiento, antes de escribirlo, y que lo acogiste con el entusiasmo de tu amistad: la mia quisiera que fuese tu nombre al frente de una obra muy aplaudida; ya que asi no suceda, permite que vaya al de esta, como un testimonio del cariño de tu fraternal amigo

Angel.

280717

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unahistoriadelda1371daca

ADVERTENCIA.

El autor de este drama, al concebir su idea, no pensó darle la forma que tiene: segun su plan primitivo hubiera sido escrito en verso, y la época de la accion anterior á la de hoy. Determinó, sin embargo, escribirlo del modo que se presenta al público, á fin de que el diálogo en prosa y el retrato de personas que viven en nuestra sociedad lo acercasen mas á la escena y al público, separándolo de otros géneros de poesia, hácia los que siente mayor inclinacion que á la dramática.

No quiere esto decir que no tenga grande aficion hácia la forma del drama, preferible quizás á ninguna otra, siquiera no fuese mas que por la ventaja de aumentar el encanto y el interés de un poema, suprimiendo el fatigoso curso de la narracion. Ni tampoco que sea estraño al placer que debe esperimentar todo autor al sentir palpitante y lleno de vida, por influjo de la representacion escénica, el cuadro que su fantasia concibiera, y del que solo un débil retrato le es dado trasladar al papel. Pero si esto es cierto, no lo es menos tambien que aumentan en número y proporciones las trabas que oprimen á la imaginacion desde el momento en que un autor piensa dar al teatro la

obra que ha concebido. El autor desde este instante no puede espresar libremente sus ideas, limitadas siempre por las leyes del buen gusto; el autor no puede ya acariciar su inspiracion espontánea y darle cuerpo, concentrando en ella toda la atencion de su alma: al poner la pluma en el papel, antes aun, al desarrollar su pensamiento, su imaginacion se ve á cada instante entorpecida por los obstáculos que en su marcha interponen las exigencias del palco escénico y las opiniones y tendencias del auditorio. El teatro viene, pues, á ser el lecho de Procusto del pensamiento, y la dificil tarea de ajustar á él la idea que, Dios sabe cómo, brotó en nuestra cabeza, es una empresa para la que nunca se ha sentido muy dispuesto el autor de este drama. Sin embargo, como no siempre obra el hombre segun lo que siente y piensa, este drama fué, como va dicho, escrito para el teatro; en él se ha ejecutado, y sobre el juicio que de su valor literario haya formado el público no tiene derecho el autor para aventurar una idea. Pero hay un terreno en el cual cree que le es permitido entrar; existe una acusacion, de la cual piensa que tiene derecho y aun obligacion de defenderse, y no dejará de hacerlo, aunque en breves palabras por no molestar la atencion de la persona que haya tenido la humorada de fijar sus ojos en estas líneas.

Se ha dicho que su drama es inmoral. ¿Cómo puede ser inmoral una obra dramática? Puede serlo en el pensamiento y en la forma. ¿Cuál es el pensamiento que domina en este drama? Hay varios de igual influencia é importancia en la obra.—El sí que se pronuncia en el altar y que une para siempre dos existencias, debe formarlo antes el corazon que los labios.—Los padres tienen el derecho de dirigir los sentimientos de los hijos: esta direccion, convertida en contrariedad, es un manantial de desgracias para unos y otros.—La muger casada que ama á un hom-

bre que no es su marido, no debe, confiando en sus fuerzas, alimentar, aunque sea en el secreto de su alma, la pasion que la seduce: el paso mas leve, al parecer, la espone á caer en un abismo.—El hombre que ama á una muger que no puede pertenecerle, intentando siquiera causar su desventura y la del ofendido esposo, atrae sobre su frente un castigo que podrá espiar solo á costa de los mas dolorosos sacrificios y de un perpétuo remordimiento.—La felicidad conyugal no consiste únicamente en que sea respetado el lecho de los esposos; el adulterio del corazon siembra la desolacion en el hogar doméstico: roto el lazo del dolor entre ambos cónyuges, pero asegurada la fidelidad y satisfecho el honor, el amor de padre puede reanudar dos existencias que un sentimiento puro y espiado con el amor desuniera.—Hé aqui la coleccion de máximas inmorales, antisociales y desorganizadoras que vienen á constituir el pensamiento del drama.—Respecto á la forma dirá solo el autor que si con entera sinceridad hay quien le diga que al leer ó ver representado en escena algun pasage de su drama, la doncella inocente siente enrojecerse sus megillas á impulsos de su pudor ofendido; la esposa casta y honrada aparta con horror sus ojos de un cuadro en el que vé abrirse un abismo de perdicion que antes desconocia, ó el marido pundonoroso y caballero cree rebajada en algo su dignidad; no vacilará un instante en tachar con su propia mano, lleno de placer y agradecimiento, las palabras que hayan podido ocasionar tan inesperados sentimientos.

Madrid.—Noviembre de 1853.

PERSONAS.	ACTORES.
MARIA.	Doña Teodora Lamadrid.
ELENA.	Doña Maria Rodriguez.
DON CARLOS DE SANDOVAL. .	D. Joaquin Arjona.
DON FERNANDO DE PAREDES. .	D. Manuel Osorio.
EL MARQUÉS DE VALDERROBLES.	D. Enrique Arjona.
EL BARON.	D. Victorino Tamayo.
DON LUIS.	D. José Alisedo.
DOS CRIADOS.	N. N.

Madrid 185...

NOTA.

Para abreviar el diálogo podrán suprimirse en la representacion los párrafos marcados con este signo *.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de recibo en casa del Marqués de Valderrobles.—La puerta del fondo conduce al esterior: otras laterales que llevan á habitaciones interiores de la casa.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, ELENA: MARIA *lee un periódico*. ELENA *hace labor*.

MARIA. Lo has leido, Elena?

ELENA. Sí.

MARIA. Ayer habló por vez primera en la audiencia y arrebató á todos los oyentes. Dice este periódico que hizo derramar lágrimas á los mismos jueces. Pocos abogados creo que podrán gloriarse de semejante triunfo.

ELENA. En efecto (*Sonriéndose.*): mucho se necesita para que llore un magistrado.

MARIA. Y qué amor! qué agradecimiento tan eternos sentirá hácia él ese desgraciado cuya vida salvará probablemente con su elocuencia! Pero no dices una palabra, Elena! No te interesan la gloria y el porvenir de Fernando?

ELENA. Por qué no, sobrina mia? Me interesan mucho, pues que lo aprecio como sus prendas merecen. No es hija por cierto de la indiferencia la aparente frialdad que en mí notas, y debo esplicarte qué la motiva; no vayas á pensar que estoy celosa de tí.

MARIA. Celosa! Qué locura!

ELENA. En verdad lo seria. Mas supuesto que tú no me juzgas fea y en realidad no soy vieja, quiero desvanecer la mas ligera sombra de temor que tu imaginacion pueda forjarse. Si adviertes que aparento no participar del entusiasmo natural y legítimo que hácia Fernando sientes; si no alimento con animadas palabras las confidencias que de tu amor me haces, es porque no quiero contribuir en lo mas mínimo á que se arraigue en tu alma una pasion, á la que no veo un término feliz á pesar mio.

MARIA. Tú tambien repruebas el cariño que tengo á Fernando?

ELENA. No, mi pobre Maria. Por qué habia yo de reprobar un sentimiento inspirado por otro, al parecer ardiente y puro? Mas óyeme: yo tengo mas esperiencia que tú de lo que son el mundo y el corazon del hombre. No es grande la diferencia de nuestras edades; pero permita usted, señorita, que en mi calidad de viuda me atreva á aconsejarle.

MARIA. Sí, sí; dí cuanto quieras, Elena mia.

ELENA. No porque un sentimiento sea bueno y legítimo labra la felicidad del corazon que lo abriga; su satisfaccion causa á veces nuestra desgracia, porque para conseguirla hay que herir sentimientos no menos puros, no menos legítimos.

MARIA. No tomes ese tono tán grave. Me asustas, Elena.

ELENA. En una palabra, has olvidado Maria, que ha mucho tiempo que proyectó mi hermano tu casamiento con Carlos de Sandoval? Has olvidado que tú entonces no opusiste repugnancia alguna á que este enlace se verificase? No sabes que Cárlos ha dos dias que está en Madrid, y no piensas que pasado el luto de la muerte de su padre, es mas que probable que exija del tuyo el cumplimiento de su promesa?

MARIA. Olvidar yo cuanto dices! Desde la llegada de Carlos no hay para mí un solo instante de tranquilidad. Solo el

amor que tengo á Fernando puede haberme hecho parecer un momento alegre al leer la relacion de su triunfo.

ELENA. Lloras? Pobre niña! El temor de que hayan de ser algun dia mas amargas tus lágrimas, me obliga á hablarte como lo hago. Escucha: acaso lo que sientes hácia Fernando no sea un verdadero amor.

MARIA. Oh no! No digas eso.

ELENA. La imaginacion nos engaña con mucha frecuencia. Acaso, repito, no sea mas que un capricho de tu fantasia lo que tú te figuras que es una pasion grande y eterna. Ponla á prueba, y si desgraciadamente yo me equivocase, no hagas caso de mis palabras de hoy; pero, mientras no contraigas compromisos formales con ese jóven, no te olvides del que te une con Carlos, y piensa tambien en que por bueno y por sensible que sea Fernando...

MARIA. Elena, calla por Dios! Por qué pensar mal de él?

ELENA. Dios me libre de hacerlo; pero como yo no estoy apasionada, puedo juzgarlo con mas imparcialidad que tú. Cuando le conocimos en Sevilla sabes muy bien que era un jóven disipado, que llevaba un género de vida que forzosamente ha de haber dañado su corazon, como él confiesa que pervertia su inteligencia.

MARIA. Semejante observacion me hace fiar mas en la verdad y pureza del amor que le inspiro. Por mí ha cambiado sus antiguos hábitos, por mí dicen todos sus amigos que es otro hombre.

ELENA. Por tí tambien enamoraba á aquella jóven tan linda, en cuya casa le veiamos la última vez que estuvimos en Sevilla?

MARIA. Eugenia!... El me confesó, y yo lo creo, que desesperado por mí, la vez primera que me declaró su amor, un año antes, habia contraido violentando su corazon aquel compromiso amoroso que concluyó con mi presencia. Eso sí que era un capricho.

ELENA. Asi lo creo; pero quién sabe si lo seria para la pobre jóven con cuyo corazon se consolaba Fernando de tu negativa.

MARIA. Es verdad. Pobre Eugenia!... Pero no, era demasiado niña cuando tuvo amores con él. Estoy segura que Fernando fué para ella lo que para mí Carlos,

antes que conociese al hombre que amaré toda la vida.

ELENA. Si de tal modo piensas, callo, Maria. Pero al menos toma una resolucion, habla á mi hermano, dile la verdad.

MARIA. Es papá tan severo!

ELENA. Peor será que lo descubra sin que tú se lo confieses.

MARIA. Sí, sí, tienes razon, debo hacerlo.

CRIADO. El señor de Sandoval, el señor de Paredes. (*Anunciando.*)

ESCENA II.

DICHAS: FERNANDO, CARLOS.

FERN. Señoras...

MARIA. (Los dos juntos!)

ELENA. Adios, Carlos. Adios, Fernando. Ha venido usted á recibir el merecido parabien por su informe?...

FERN. Elena!

MARIA. Oh! abandone usted esa modestia exagerada! No opinan las personas que lo oyeron que debe usted tenerla.

FERN. Por otro motivo (*Inclinándose.*) exijo de ustedes que me den su parabien, pues realmente estoy de enhorabuena.

CARLOS. Yo tambien la reclamo.

ELENA. Por qué?

MARIA. (Qué querrán decir?)

FERN. Venia á esta casa, esperando el placer de ver á ustedes, y antes de llegar á la puerta he tenido el de abrazar á un antiguo amigo y compañero.

MARIA. A quién?

CARLOS. A mí, que por cierto no he sentido menos alegria que él. Hemos seguido nuestros primeros estudios en el mismo colegio.

ELENA. Pues bien merecen ustedes que se les felicite por un gozo, que habrá sido mayor por lo inesperado.

CARLOS. En realidad no esperaba (*A Fernando.*) estrechar hoy tu mano tras tantos años de ausencia.

FERN. Eramos casi dos niños cuando nos separamos.

MARIA. No han vuelto ustedes á verse desde el colegio?

FERN. No, Maria. Cárlos era rico, vino á Madrid, y pasó despues al extrangero: yo soy pobre y no pude salir de Sevilla hasta el año pasado.

CARLOS. Si vieras cuánto me he acordado de tí en mis viajes?

De tí, cuya imaginacion romántica formaba tantos proyectos de escursiones por paises poéticos y desconocidos... Mas tengo que hablar al padre de esta señorita, y si evocamos nuestros recuerdos no acabaremos nunca. Es preciso, como antes te dije, que hoy comamos juntos: nos reuniremos en el Suizo á las seis.

FERN. No haré falta. Quiero que hablemos mucho: te diré como lejos de espatriarme, deseo ahora adquirir una posicion sedentaria, pacífica.

CARLOS. Já, já! Es posible? Pues yo tambien pienso manifestarte que abrigo los mismos deseos y espero pronto realizarlos.

MARIA. (Van á decirse (*Ap. á Elena.*) mútuamente...)

ELENA. (Calla.)

CARLOS. Está visible el Marqués, Maria?

MARIA. Papá? Creo que está en su despacho; le llamaré si usted gusta.

CARLOS. Si usted me lo permite, iré yo mismo á buscarle.

ELENA. Sí, venga usted. Yo le conduciré. (Dí la verdad (*Ap. á Maria.*) á Fernando.)

MARIA. (Cómo hacerlo?)

ELENA. (Tu silencio puede promover un conflicto entre ambos.) Cárlos...

CARLOS. Adios, Fernando.

FERN. Adios. (*Se estrechan las manos:* CARLOS *y* MARIA *se saludan y el primero sale con* ELENA.)

ESCENA III.

FERNANDO, MARIA.

FERN. Maria! Hénos al fin solos. ¡Cuánto deseaba este momento!

MARIA. Y yo, Fernando!

FERN. Estás inquieta, distraida. Sabe que ayer revocaron los jueces la sentencia que pesaba sobre la cabeza de mi defendido: muy pronto se verá su causa por tercera vez, y espero en Dios que podré salvarlo.

MARIA. Fernando mio! y aun no te habia dicho una palabra! aun no habia hecho mas que indicarte con un cumplimiento frívolo de sociedad el inefable gozo que siente

desde ayer el alma de tu Maria. No pueden espresarte mis palabras la alegria de mi corazon al considerar que has arrancado á un infeliz de los brazos de la muerte; que has secado quizás las lágrimas de una madre infortunada.

FERN. Sí, debes estar gozosa, porque tuyos, no mas que tuyos, son mis triunfos. El pensamiento de hacerme digno de tí, de conquistar una posicion con la que pueda realizar los hermosos sueños de felicidad que tu amor me inspira, es el móvil mas poderoso de mi pobre inteligencia.

MARIA. Tus palabras me llenan de orgullo, Fernando, pero no quiero que con tan desdeñoso silencio olvides el noble sentimiento de la gloria, por el que debe latir tu corazon, porque has nacido para conquistarla. Sabes tú lo que es la gloria de un hombre para la muger que lo ama? Nosotras, pobres y débiles seres, puede decirse que no tenemos existencia propia; las penas y placeres del hombre con quien nuestro corazon nos une, vienen á constituir nuestra dicha ó desventura. Y cuando este hombre logra sobreponerse á los demas, cuando contemplamos clavadas sobre él, con admiracion, las miradas de la multitud, nos parece que la aureola del triunfo que lo rodea tambien nos envuelve, que un rayo de su gloria, reflejando sobre nuestra humilde existencia, le da un brillo imperecedero.

FERN. Oh, mi Maria! Hablame, sí, háblame de este modo; al escucharte, el helado desaliento que marchitaba mi juventud, se convierte en una fe santa, en una esperanza, con las que me creo capaz de conseguirlo todo.

MARIA. Y lo conseguirás, porque yo lo quiero, porque tu Maria sabrá inspirarte ardor y constancia para ello. Quiero que ocupes los mas elevados puestos. Quiero escucharte, y contemplando la multitud pendiente de tus labios, poder decirme en secreto, estremecida de orgullo y de ternura: «Esa alma, señora de todas las al»mas, es compañera eterna de la mia.»

FERN. Qué felicidad tan grande encierra para mí tu amor! De tal modo comunica la vida á mi ser tu acento, que me causa horror la idea de que pronto hemos de separarnos. Cuándo se verifica tu viaje?

MARIA. Papá quiere que sea dentro de dos ó tres dias á mas

tardar. Yo lo he prolongado cuanto me ha sido posible; pero ya no tengo escusa alguna que dar para que permanezcamos en Madrid. Qué largos y tristes me van á parecer los dias sin verte! Tengo un pensamiento para endulzar esas horas mortales de la ausencia, que tan á pesar mio veo adelantarse. Ademas de escribirnos por el correo, tú, en tus ratos desocupados, yo en los que me dejen libre, trasladaremos al papel todos los pensamientos, todos los recuerdos, todas las esperanzas que la perenne idea de nuestro amor nos sugiera. Asi, aunque imperfectamente, se hablarán nuestras almas, y el dia que volvamos á vernos con qué placer recibiremos el uno del otro ese mudo confidente de nuestros amores! Quieres hacerlo?

FERN. Y tú me lo preguntas!

MARIA. Es verdad! Estoy segura que á no habértelo yo dicho me lo dirias tú.

FERN. Alma mia!

MARIA. Cómo se reirian de nosotros si nos oyesen!

FERN. Cierto. Es tan risible el amor verdadero!

MARIA. Y bien. Qué nos importa la risa del mundo? qué tenemos nosotros que ver con él? No quiero nubes en la frente ni miradas sombrias. Míreme usted á mí.

FERN. Mucha presuncion (*Sonriendo.*) es por cierto imaginar que puede usted con sus ojos desvanecer mis malos pensamientos.

MARIA. (*Con ternura.*) Soy yo muy presuntuosa!

FERN. Qué veo! (*Un reló de sobremesa dá las dos.*) las dos! y estaba citado á la una: usted es responsable de este retraso.

MARIA. Yo!

FERN. Usted que con sus hechizos me encadena, y hace que el tiempo vuele. Adios, hasta la noche.

MARIA. (Y se vá sin que le haya dicho una palabra de...)

FERN. Qué es esto, señorita? No me dá usted á besar su mano? No se le ocurre á usted que podré desear esa rosa que tiene prendida en su pecho cuando no ceso de mirarla desde que entré?

MARIA. Si está seca! (*Dando la rosa á Fernando.*)

FERN. Imaginas que para mí necesite una flor de mas perfume que el que le presta tu amor al tocarla!

MARIA. (Cómo hablarle ahora de eso?)

FERN. Pero qué tienes? estás inquieta?

MARIA. No, pensaba como tú, Fernando, que es tan triste haber de renunciar á vernos!

FERN. Cuánto! mi Maria! Pero qué veo? Tú lloras? No por Dios. Tengamos resignacion y esperanza. Qué no consigue quien ama de veras? Y tú no me olvidarás, es verdad, Maria?

MARIA. Olvidarte! Nunca!

FERN. Me siento demasiado conmovido. Adios, mi vida.

MARIA. Adios.

ESCENA IV.

MARIA *sola.*

Se va y no le he dicho una sola palabra de ese compromiso... pero, cómo hacerlo? Era tan feliz! y yo tambien, yo cuando lo escucho no puedo darme cuenta de lo que pienso. Sin embargo, Elena me aconsejó que lo hiciese, y con razon; hasta ahora ignoran ambos que son rivales; pero si ellos mismos se lo revelan mútuamente... Oh! maldita la hora en que volvió Cárlos! Por qué ha venido este hombre á destruir mi tranquilidad? Por qué cuando me propusieron su casamiento consentí en ello? Dios mio! Dios mio!... si viviese mi pobre madre se lo contaria todo, y ella me salvaria de este conflicto!... Lloro! No he de llorar si no sé qué hacer, y no quiero casarme con ese hombre? Oh! le hablaré á mi padre. Yo no puedo tener compromisos; era una niña cuando Cárlos pidió mi mano; pero él viene con mi padre, me ocultaré en este gabinete; no quiero que me vean llorar. (*Entra por una de las puertas laterales.*)

ESCENA V.

EL MARQUÉS: CARLOS.

MARQUÉS. Repito á usted, Cárlos, que es innecesario.

CARLOS. Sin embargo, Marqués, no deje usted de hacerlo. Yo

no dudo, y basta que usted me lo asegure, que Maria se halla dispuesta á hacerme dichoso; pero era aun muy niña cuando se pactó nuestro matrimonio, y no me perdonaria nunca no haber puesto cuanto esté de mi parte para que su voluntad obre libremente al unirse conmigo.

MARQUÉS. Y ¿ha podido usted sospechar un momento siquiera que habrá mi hija de negarse á cumplir lo que prometió un dia?

CARLOS. Oh, no por Dios! lo que digo á usted es que no quiero que acepte mi mano por un compromiso de honor. El matrimonio, Marqués, es cuestion de toda la vida, y para que nos haga felices es preciso que el sí que se pronuncia en el altar, lo forme antes el corazon que los labios.

MARQUÉS. Qué quiere usted decir?

CARLOS. Cuando usted y mi padre proyectaron nuestro enlace, aun no se hallaba Maria en estado de apreciar lo que es el matrimonio: yo mismo era demasiado jóven. Felizmente ni los años que han pasado, ni las variaciones perpétuas de lugar y de vida, han entibiado el amor que siempre me inspiró; muy lejos de acontecer asi, mi union con Maria ha sido mi único deseo: por realizarlo he apresurado mi vuelta, dejando negocios pendientes en Paris. Me parece que le pruebo á usted bastante cuánto deseo cumplir mi palabra. Pero ella, que hoy ya puede juzgarme, sin haber dado cabida en el alma á otro sentimiento, puede no corresponder á mi cariño. Si encontrándose en tal situacion, se uniera á mí, se labraria nuestra comun desgracia. Hé aqui lo que trato de evitar, Marqués.

MARQUÉS. Está bien. Lo haré, pues que usted lo desea, movido por un esceso de delicadeza que honra á su carácter. Seguro como estoy de la respuesta de mi hija, puedo decir á usted que haga sus preparativos de viaje. Nosotros partimos dentro de pocos dias para Francia: usted podrá seguirnos, y á su llegada tendrá lugar el casamiento.

CARLOS. Quisiera que (*Preparándose á marchar.*) volase el tiempo que nos aparta de ese dia.

MARQUÉS. Esperamos á usted á comer.

CARLOS. No me es posible aceptar: estoy comprometido con u.

antiguo amigo que encontré casualmente acá hace poco.

MARQUÉS. Acá? Quién?

CARLOS. Fernando de Paredes.

MARQUÉS. Ah! sí, es un jóven de talento; promete y acaso conquistará una posicion, á pesar de que tiene un carácter poco á propósito para ello.

CARLOS. Vale mucho.

MARQUÉS. Bien! asi me gusta; buen amigo.

CARLOS. No soy mas que justo. Adios, Marqués.

MARQUÉS. Adios.

ESCENA VI.

MARQUES, MARIA.

MARQUÉS. Hija mia (*Al volverse ve á Maria y le toma las manos con cariño.*), iba á buscarte.

MARIA. Lo sospeché, y por lo mismo he salido á tu encuentro, papá.

MARQUÉS. Tenemos que hablar: Cárlos...

MARIA. No me digas nada. Lo he oido todo desde allí. (*Señalando la puerta por donde ha salido.*)

MARQUÉS. Y por qué no viniste? Mas ya comprendo, te causaba rubor la vista de tu futuro?

MARIA. (Dios mio!) (*Limpiándose las lágrimas.*)

MARQUÉS. Maria! Estás llorando?

MARIA. Yo no... es decir... sí lloro, porque... yo tenia que decirte una cosa...

MARQUÉS. Y por eso lloras? Veamos. Qué es?

MARIA: Es que... ay padre mio, perdóname!

MARQUÉS. Qué quieres decir? Habla, hija mia.

MARIA. Tú me quieres mucho, es verdad?

MARQUÉS. Me preguntas si te quiero, alma mia? Qué tienes? Por Dios, cálmate!

MARIA. Nada... no es nada. Es solo que tengo que decirte... que yo no quiero... que yo no puedo casarme con Cárlos.

MARQUÉS. Maria! (*Con severidad.*)

MARIA. Padre mio!

MARQUÉS. Maria! Has reflexionado lo que dices? Has olvidado que con tu propio consentimiento se proyectó este enlace? Sabes que una jóven virtuosa nunca debe dar á un hombre esperanzas que no cumpla?

MARIA. Todo lo sé, papá mio. Todo lo sé; pero yo no puedo decidirme á ser la esposa de Cárlos.

MARQUÉS. No puedes? Qué motivo ha originado en tí semejante variacion? Qué encuentras en él que le haga indigno de llamarte suya?

MARIA. Nada, nada. Yo le quiero como á un amigo: yo aprecio sus nobles cualidades; pero...

MARQUÉS. Maria, aunque he procurado evitar hacerte manifiesto mi enojo por una sospecha que ha tiempo abrigo, temo que me obligues á no callar mas.

MARIA Qué quieres decir?

MARQUÉS. Tú amas, ó mejor dicho, crees amar á otro hombre.

MARIA. Ah! Por qué he de ocultar lo que siente mi corazon á un padre tan bueno como tú? (*Bajando los ojos.*) Sí, yo quiero...

MARQUÉS. Basta (*Con severidad.*), no pronuncies su nombre, no lo necesito.

MARIA. Ay! (*Arrojándose en los brazos de su padre.*) Padre mio!

MARQUÉS. Escucha. En uso de mis derechos pudiera reconvenirte agriamente, por haber hecho imaginar ciertas esperanzas á un hombre que nunca debió soñar en unirse contigo.

MARIA. Oh! no me hables de ese modo.

MARQUÉS. Sobrado dulce es mi lenguaje. Cuándo pudiste pensar que, aun sin existir el compromiso en que nos hallamos, consentiria yo que te enlazáses con un jóven oscuro, sin posicion?

MARIA. Tú mismo decias hace poco...

MARQUÉS. No hablemos mas de sueños irrealizables. Una cosa importa saber. Dime la verdad. Has escuchado tú favorablemente las palabras de Fernando?

MARIA. Yo...

MARQUÉS. No me engañes, di la verdad.

MARIA. Yo misma te he oido decir mil veces que los matrimonios hechos por especulacion, ó por cualquier otro motivo que no fuese el del amor verdadero, eran una fuente eterna de desgracias...

MARQUÉS. Bien, adelante.

MARIA. Desde que ví á Fernando en Sevilla, sintió mi alma una impresion que hasta entonces desconocia: nos tratamos algun tiempo, callándonos mutuamente lo que ambos sentiamos, y cuando me habló de su amor por vez primera, queriéndole con todo mi corazon, me negué á escucharle.

MARQUÉS. Sigue.

MARIA. Volvimos á Madrid y no le olvidé un momento. A poco vino él tambien... no era posible que dejásemos de vernos... me habló... quise decirle que no le amaba; pero los gritos de mi corazon hicieron espirar la mentira en mis labios.

MARQUÉS. Sabes lo que estás diciendo, Maria?

MARIA. Oh qué aspecto tan severo!

MARQUÉS. Por ventura... Pero no hay que perder tiempo en inútiles reconvenciones. Mi resolucion está tomada. Mientras permanezcamos en Madrid, no saldrás de tu cuarto á las horas en que Fernando venga á esta casa. Yo me encargaré de decirle cuánto se ha engañado en imaginar...

MARIA. No por Dios, padre mio. Mira lo que haces. Mira que le amo mas que á mi vida!

MARQUÉS. Señorita! Qué lenguaje es este? Pero ya comprendo. Todo es debido al mismo orígen, á esas ideas románticas y novelescas que las palabras de ese insensato han despertado en tu alma. Bien caro recojo el fruto de mi debilidad! Pero estoy dispuesto á hacerme obedecer: soy tu padre, y deber mio es salvar tu decoro y procurar tu felicidad.

MARIA. Mi felicidad!

MARQUÉS. Si, tu felicidad. A un capricho de los veinte años, á una sucesion de cuadros novelescos que tu imaginacion ha engendrado, ¿vas á dar el nombre de *pasion desgraciada*, á honrarme á mí con el de *padre tirano*? No me importa: comprendo cuál es mi deber, y no dejaré de cumplirlo.

MARIA. Pero por Dios, padre mio!...

MARQUÉS. Basta: no admito réplicas ni lágrimas. Haz cuenta, Maria, que no has conocido á semejante hombre.

MARIA. De ese modo se ahogan los sentimientos del corazon?

MARQUÉS. No me irrites con esas frases poéticas que detesto. Haz cuenta que no lo has conocido, repito, y disponte á

cumplir lo que mi honor y el tuyo ordenan, á ser la esposa de Carlos.

MARIA. Eso nunca! (*Con resolucion desesperada.*)

MARQUÉS. Maria!

MARIA. Conozco, padre mio, que escito con mis palabras tu enojo: seré hija rebelde, castígame en buen hora; pero pensar que yo he de dejar de amarle es querer realizar lo imposible. Yo misma no puedo mandar á mi alma que deje de quererlo.

MARQUÉS. Calla, calla!

MARIA. Y tú no podrás permitir que tu hija dé en el altar un sí perjuro, que prometa eterno amor y constancia á un hombre que no ama...

MARQUÉS. Silencio! Ya no puedo sufrir mas. Perdono tu desacato y desobediencia, porque no veo en tí mas que una niña delirante, cuyas palabras no deben ser atendidas. Mas aunque tu locura destroce mi corazon de padre, no emplearé mi cariño con quien tan mal lo merece: obraré y me obedecerás.

MARIA. Padre mio, ten lástima de mí.

MARQUÉS. Basta (*Rechazándola.*), basta. (*Tira de un llamador.*)

ESCENA VII.

DICHOS: ELENA Y UN CRIADO.

(ELENA *se acerca á* MARIA; EL MARQUÉS *escribe de pié reclinado sobre una mesa.* EL CRIADO *permanece en la puerta.*)

ELENA. Qué es esto, Maria?

MARIA. Esto es que soy la mas desgraciada de las mugeres.

ELENA. Pero...

MARIA. Dios mio! bien sabes tú que solo quisiera morir!

(EL MARQUÉS *se dirige al* CRIADO, ELENA *y* MARIA *lo observan, y escuchan con grande ansiedad; la última parece querer hablar, pero una mirada severa del* MARQUÉS *la detiene.*)

MARQUÉS. Esta tarde (*Al Criado.*) á las cinco estará en la puerta, pronta para marchar, la silla de posta: si desde ahora hasta entonces viniere alguien, inclusive D. Fernando de Paredes, se le dirá que salimos esta tarde para Fran-

cia, y que las señoras no reciben. Solamente se permitirá entrar al señor de Sandoval, á quien buscarás ahora mismo en la Bolsa y entregarás esta carta.
(*El Criado se retira.*)

ELENA. Yo no comprendo qué es lo que aqui pasa. Esa carta?...

MARQUÉS. Es muy sencillo. Escribo á Sandoval que apresuro mi viaje, porque he despachado un negocio que me detenia, y ahora voy á procurar concluir: si no lo consigo nos iremos tambien.

ELENA. Pero tal precipitacion?...

MARQUÉS. Es necesaria. Espero que Sandoval nos siga.

ELENA. Mas...

MARQUÉS. No puedo detenerme, despues te hablaré.

MARIA. Padre mio! (*Arrojándose á los pies del Marqués.*) Mira lo que haces, por la memoria de mi madre!

MARQUÉS. Alce usted (*Levantándola con severidad.*), señorita, y sepa que no reconoceré á mi hija hasta que sumisa y tierna acate la voluntad de quien vela, como dije á usted antes, por su decoro y felicidad.

ESCENA VIII.

MARIA, ELENA.

MARIA. Elena mia! Díme que tú me amas, díme que tú no me abandonas.

ELENA. Yo abandonarte! No sabes que soy tu amiga, tu hermana? Qué te ha pasado?

MARIA. No sé; me vuelvo loca! Quieren casarme! Quieren que no vuelva á verlo!

ELENA. Vamos...

MARIA. Y lo conseguirán! Qué he de hacer yo, pobre de mí? Pero tú lo verás! No es verdad, Elena?

ELENA. Yo haré cuanto tú quieras!

MARIA. Díle que le quiero con toda mi alma, que no me casaré con Carlos! Que le esperaré toda mi vida.

(MARIA *cae sollozando en los brazos de* ELENA. *Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto precedente.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, ELENA.

MARIA. Decididamente no sales, Elena?

ELENA. No, prefiero quedarme en casa leyendo.

MARIA. Te envidio esa libertad. Yo es fuerza que vaya al Prado: mi marido me aguarda allí. *(Sale un criado.)*

CRIADO. El coche está dispuesto.

MARIA. Está bien. (*El Criado se va.*)

ELENA. Por qué no le dijiste que no querias pasear?

MARIA. Por qué? Porque no me atrevo. Cuando consentí, víctima de mi debilidad, en darle mi mano, le exigí que no me hablase nunca de lo pasado.—Ignoro si habrá sospechado algo que alimente la inquitud que debió producirle esta súplica mia: pero lo temo, y me afano por ocultar á sus ojos mi perpetua pena. Sí, debo aparecer tranquila, contenta. El sufrimiento que tal

violencia me causa, es un castigo sobrado leve para mi falta.

ELENA. Vamos. No pensemos mas en niñerias.

MARIA. Niñerias! sí... Niñerias! asi calificó mi padre mi... Pero tienes razon, no debemos hablar de esto.
(*Se enjuga los ojos.*)

ELENA. Males de ese género deben curarse con el olvido.

MARIA. El olvido! esa es una palabra que el corazon no entiende. Podrán en buen hora hacer traicion nuestras acciones de hoy á las de ayer; podremos, conteniendo las lágrimas de nuestros ojos, llevar una sonrisa en los labios perjuros; pero el corazon sufre y se destroza en silencio; el corazon, Elena, no olvida nunca.

ELENA. Maria, ten presente lo que ha poco me decias; el propósito que has hecho.

MARIA. Sí; pero deja que hable un momento contigo, porque me ahogo! ademas, tengo que hacerte una advertencia. Anoche... acaso tú no lo repararias, ví en el teatro á Fernando.

ELENA. Yo lo ví tambien.

MARIA. Observaste qué variado está? Qué miradas me dirigia! ay, Elena, cuánto le he hecho sufrir!

ELENA. Pero esa advertencia...

MARIA. Escucha. Hace tan pocos dias que llegamos de Francia, despues de un año de ausencia, que no es estraño que aun no se hayan presentado en casa todas las personas que tratamos. Quizá por esta razon ha faltado *él*; pero puede venir de un momento á otro, y me estremezco al pensar que he de verle. Si viene quiero que le recibas tú sola, y le digas que por mi tranquilidad deje de venir; pero que no comprenda que yo se lo pido, no... que no sospeche que le temo... que no crea que pienso en él! Qué mas puedo hacer? (*Llorando.*)

ELENA. Maria, seca ese llanto por Dios! Si viene Fernando, será una prueba de que ya...

MARIA. Qué dices!

ELENA. Por ventura sentirias tú que hubiese olvidado su pasion Fernando?

MARIA. Yo... no... se acabarian mis temores.

ELENA. Temores necios, indignos de una esposa honrada, como tú eres.

MARIA. Tienes razon: no hablemos mas de esta materia.

ELENA. Eso quiero; mejor dicho, quiero que no pienses en en ella. Pero ya es tarde, márchate.

MARIA. Adios, Elena.

ELENA. Adios.

ESCENA II.

ELENA *sola.*

Pobre niña! Dios haga que no venga Fernando! En caso que suceda cumpliré el encargo de Maria; pero querrá él acceder? Desea Maria en el fondo de su alma que Fernando obedezca? Dios vele por nosotros! (*Llama y sale un criado.*) Si alguien viene, que espere en esta pieza; yo estoy en mi gabinete: avísame.

(*Entra por una de las puertas de la derecha del espectador y el criado por el fondo.*)

ESCENA III.

Queda unos momentos vacía la escena: á poco FERNANDO *y el* CRIADO.

CRIADO. Pase usted, caballero; la señorita Elena está sola en casa; voy á llamarla.

FERN. No la moleste usted; soy de confianza.

CRIADO. Me encargó la avisase si alguien venia.

FERN. Vaya usted. (*Entra el criado por la puerta que lo hizo* ELENA, *y atraviesa á poco la escena, saliendo por la del fondo.*) Temo no poder hablar á Elena con la tranquilidad que deseo. Corazon rebelde, cómo lates! Parece que va á saltar del pecho! Oh! al contemplar esta habitacion que ha tanto tiempo que no veian mis ojos, los siento próximos á llorar... Pero tengamos valor. Sobradas veces en el silencio de mi retiro me he consumido en sollozos como una muger. Mas quién habrá con energia bastante para renunciar á cuanto el alma ha soñado de bello, de feliz, de virtuoso, sin derramar una lágrima! (*Se enjuga los ojos con violencia.*) Y qué valen mi estudiada indiferencia, los gritos de mi orgu-

llo ofendido, cuando llego á verla? Qué hermosa estaba anoche! Qué hermosa! Temí cometer un desacierto. Contemplar á ese hombre arrastrando con la insultante y glacial indiferencia del marido, arrastrando pendiente de su brazo á la muger á quien yo hubiera seguido de rodillas!... Por una flor desprendida de sus cabellos, por besar una vez sola la orilla de su trage, hubiera con placer golpeado mi frente contra el suelo, y él, con la estúpida frialdad del dueño, apenas le dirigia una mirada!... Maria! Maria! Creiste que hubiera en el mundo quien pudiera amarte como yo te amaba? Pero con qué derecho puede aparecer ese hombre á sus ojos con la mas ligera sombra de desden? Y delante de mí! delante de mí, que la idolatro! Oh, yo no puedo sufrirlo! Yo quiero ver que la hace dichosa! Quiero que se am... Qué iba á decir? insensato! Si los viese un momento siquiera tiernos, amorosos; si sorprendiese entre ellos una mirada de placer, de pasion!... Los mataria! Matarlos! matar á ella! al amigo de mi infancia! Dios mio! Dios mio!

(*En todo el discurso de este monólogo el actor debe espresar con su accion y entonacion los contrastes que sufre el alma de* Fernando: *al finalizarlo apoya los codos sobre una mesa, y oculta la cabeza entre sus manos. Despues de algunos momentos de silencio aparece* Elena. Fernando *al sentirla se levanta, y procurando aparecer tranquilo le tiende la mano con una sonrisa forzada.*)

ESCENA IV.

Elena, Fernando.

Fern. Elena. (*Saludando.*)

Elena. Disimule usted, Fernando, que le haya hecho esperar.

Fern. No merecen que usted se disculpe tan cortos momentos.

Elena. Siéntese usted. (*Lo hacen ambos.*)

(*Pausa.*)

Fern. (No puedo dominar mi emocion.)

Elena. (No sé cómo empezar.) (*Pausa.*) Mucho tiempo hace que no tenia el gusto de ver á usted.

FERN. He estado cerca de dos meses fuera de Madrid.

ELENA. Ya sé que es usted diputado, y la opinion general asegura que hace usted maravillas en el Congreso.

FERN. Por Dios!

ELENA. Cuánto me complazco, Fernando, en ver que vuelve usted por sí mismo, que ha desechado aquel abatimiento, aquel desconcierto que ha poco le avasallaban, minando su salud y enervando las fuerzas de su alma.

FERN. No hablemos de eso, Elena. Ello pasó cual todo pasa. Qué puede ser puro ni constante de cuanto el hombre piensa ó siente?

ELENA. Por qué juzgar con tan injusta amargura nuestra naturaleza, sobrado triste por sí misma, sin que aumente nuestra imaginacion las sombras que la rodean? Algo hay de constante y venturoso en la vida. Es un placer sin igual, y placer que nunca muere, el que siente el alma al cumplir sus deberes. Placer que aumenta cuanto mayor es el sacrificio que el deber nos impone.

FERN. No seré yo quien trate de destruir tan hermosa teoria. Sin embargo, acaso por faltarme semejante virtud no me hallo en el caso de comprenderla.

ELENA. No diga usted eso: usted la comprende, usted la posee y usted es capaz de ponerla en accion, porque su alma es buena y generosa.

FERN. Elena!... Por qué dar este giro á nuestra conversacion? Yo tambien no sé qué he dicho de mi *desgracia.* Ni yo soy desgraciado, ni creo encontrarme en el caso de hacer ningun sacrificio. ¿Por qué hablar de esto?

ELENA. Por qué? Seamos francos, Fernando. Porque las palabras de usted, lejos de desvanecer la causa que me impulsa á hablarle de este modo, animan el deseo que tengo de hacerlo. Sí, porque usted ama á Maria... creo conocer el carácter de usted: me interesa la tranquilidad de ella mas que mi vida y... yo quisiera que usted no la viese.

FERN. Es decir, que opina usted que no debo venir á esta casa?

ELENA. Suplico á usted que interprete mis palabras en su verdadero sentido.

FERN. Hago á usted y me hago la justicia de creer que no

intenta lastimar, ni levemente, mi delicadeza; pero debo advertirle que ese temor, hasta cierto punto disculpable, es infundado. El hombre que se encuentra en mi situacion tiene bastante dominio sobre sí para no esponerse á cometer un desacierto, que lo pondria en ridículo.

ELENA. Cuánto dista ese lenguaje del de la verdadera calma!

FERN. Se engaña usted... Puede usted asegurarle que esté tranquila!

ELENA. Ella no me ha dicho nada. A mí se me ocurrió...

FERN. No es estraño se haya despertado en mí esta sospecha, pues sabe usted que es María sobrado avara de su tranquilidad.

ELENA. Le juro á usted...

FERN. Perdóneme usted si aun dudo; tambien usted me juró en su nombre, *que no me olvidaria nunca!* Necesitará ested *(Con sonrisa sardónica.)* que le recuerde qué resultó de ese juramento?

ELENA. Fernando: no sea usted injusto y cruel como todos los hombres! Ninguno ha de comprender los tormentos y sacrificios que en el secreto de su alma esconde la pobre esclava, cuyas cadenas se cubren con las flores de la lisonja? Ninguno el dolor de la desgraciada que, cediendo á la ley de su destino, se ve obligada á ahogar en lágrimas silenciosas el hermoso porvenir que deliraba, pasando con la sonrisa en los labios á los brazos de otro hombre?

FERN. *A los brazos de otro hombre!*

ELENA. (Qué espresion! imprudente de mí!)

FERN. Tiene usted razon, señora, ese es el destino de la muger. Por eso cuando un hombre arroja su corazon á los pies de una muger, y le dice: «haz de mí lo que »quieras; por tí mi alma estraviada y delirante será »buena; por tí mi alma pura, inocente, inmaculada, con»cebirá el crímen y lo ejecutará; y el crímen me pare»cerá una obra santa, si tú me lo inspiras; por tí seré »capaz de todo lo bueno, de todo lo malo: si tú me amas, »bendeciré á Dios en la vida, moriré bendiciendo á »Dios.» Si esta muger jura á este hombre que tambien lo ama, y cediendo despues á la ley de su destino, *pasa con la sonrisa en los labios á los brazos de otro hombre*, oh! entonces el amante desgraciado aborrece y

maldice á la muger que tan despiadamente le robó su corazon para pisotearlo; la maldice, y blasfemando de Dios, quiere morir! (*Contraste violento.*) Pero si por su desgracia ó su felicidad no muere, llega un dia en que ese hombre no siente nada; llega un dia en que ni ama ni aborrece; en que ve á esa muger con *indiferencia.*

ELENA. Pluguiera á Dios que sintiera usted lo que dice!

FERN. Puede usted estar segura. (Oh, Dios! es ella.) (*Comprimiendo el corazon con sus manos.*)

ESCENA V.

DICHOS: CARLOS, MARIA Y EL BARON.

(MARIA *viene del brazo de su marido y trae un ramo de flores: al verá* FERNANDO *deja caer el ramo, y queda por algunos momentos muda y con la mirada fija en el suelo.* FERNANDO *dominando su emocion se dirige á saludar á los que llegan, levantando el ramo del suelo y dándoselo á* MARIA. CARLOS *sorprende la emocion de ésta y* FERNANDO. *El* BARON *debe haberse adelantado á saludar á* ELENA, *de modo que no percibe nada de esta escena muda.*)

FERN. Señora...

MARIA. Gracias. (*Tomando el ramo.*)

FERN. Yo debo darlas á la suerte que me depara la dicha de servir á usted. Cárlos... (*Tendiéndole la mano.*)

CARLOS. No recibo tu mano hasta que estreches la de mi esposa. Os habeis saludado tan ceremoniosamente!

FERN. Grave es mi falta; pero aguardo que sea Maria tan generosa que me perdone. (*Tendiendo su mano á* MARIA, *que le da la suya trémula y procurando sonreir.*)

MARIA. No es usted solo quien necesita que le perdonen.

CARLOS. (Por qué tiembla (*Tomando la mano de Fernando.*) su mano al tocar la mia?) Cómo estás, Fernando?

FERN. Bien, y hoy mas que nunca, porque veo de cerca la ventura de dos personas que me son queridas.

MARIA. (Oh, Dios mio!) (*Se sienta en el sofá.*)

CARLOS. Gracias. Quiero presentarte á un amigo mio. (*Se dirige al* BARON *que se une con ellos.* ELENA *va á sentarse*

junto á MARIA.) El señor Baron del Valle.—Don Fernando de Paredes, mi antiguo amigo.

BARON. Tengo el honor de conocer al señor, aunque solo de vista: somos compañeros.

FERN. En efecto, he visto á usted en el Congreso.

BARON. Yo he tenido el placer de admirar la elocuencia de usted, aunque sea su enemigo político. (*A Cárlos.*) Es oposicionista furibundo.

CARLOS. Cierto?

FERN. Y creo que lo seré siempre.

BARON. No hay gobierno que siempre dure.

FERN. Temo que habré de serlo de todos los gobiernos. Pero, señores, vamos á hablar ahora de política? Nos granjearemos, y con razon, el odio de estas damas.

MARIA. No tal, no estorbamos á ustedes.

ELENA. Tiene razon Fernando. Sobrado tiempo les queda para ocuparse de esa materia. Baron, estuvo usted anoche en el teatro Real?

BARON. Solo un rato, porque tenia que hacer: ademas, quién no sabe de memoria las piezas de la Lucía?

MARIA. Pero ¿quién se cansa de oirlas?

BARON. Siento pensar de distinto modo que usted: aun lo bueno creo que cansa tambien.

FERN. Yo soy del mismo parecer que el Baron. Y usted (*A Maria*). disimule, pienso que sin darnos cuenta de ello, todos lo somos.

(MARIA *baja la vista.* CARLOS *la observa, y al ir á hablar* ELENA *le interrumpe.*)

ELENA. El Prado...

CARLOS. Pero el argumento de Lucía tiene por sí grandes encantos, aun despojado del que le prestan las divinas armonías de Donizzeti: ¿á quién no interesa la suerte de Edgardo?

BARON. A mí. Esas pasiones exageradas me producen muy mal efecto. (MARIA *va á hablar.*)

ELENA. (Por Dios, Maria!)

CARLOS. Quién lo creyera, siendo jóven y soltero! (*A Fernando.*) Seguramente no te conformarás tú en este caso con el parecer del Baron.

FERN. Te engañas; pienso como él absolutamente.

MARIA. Y por qué (*Deshojando las flores del ramo.*) no habia de pensar lo mismo?

FERN. Veo con placer que no quiere usted ahora hacernos la guerra. (*Con ironía.*)

MARIA. Yo no he dado mi voto.

ELENA. Ni valdrá nada. Las mugeres no somos buenos jueces en esa cuestion, ni en ninguna otra. No sabemos raciocinar.

CARLOS. Yo creo, por el contrario, que no pueden hallarse mejores. Ellas y los hombres dotados de cierta organizacion poética, sentimental. No puedes figurarte, Fernando, cuánto estraño tus palabras. Pensabas antes de muy diverso modo.

FERN. No lo negaré; pero quién no *varia* de modo de pensar?

MARIA. Usted opinará sin duda que Edgardo, en vez de llorar su suerte y matarse por Lucia, debia haber procurado asesinarla lentamente.

ELENA. (Maria!)

MARIA. (No puedo mas!)

FERN. Por Dios, no suponga usted en mí tan crueles instintos. Yo pienso que cuando una muger pronuncia en el altar, ante la faz de Dios, un juramento, se olvida de todos los que antes formaron sus labios. Se *convence* de que fueron nacidos de un capricho, y pienso que el hombre que hizo nacer ese capricho, lejos de turbar la paz de esa muger con quejas ni suicidios, debe darle su parabien y desearle largos años de envidiable ventura.

MARIA. Tiene usted razon! si...

ELENA. Já!... já... (*Interrumpiendo á Maria.*) Dejemos la materia, porque va teniendo honores de discusion filosófica.

CARLOS. En efecto. Y obervo, que ninguno de los contendientes participa de mis ideas. Yo defiendo á Edgardo, y lo defiendo con todo mi corazon. El hombre que se halla en su caso debe matarse: matarse ó procurar no ver á la muger que ha amado. Pues de lo contrario, qué hará? Todos conocemos historias mas ó menos semejantes á la de los desgraciados amantes de Lammermoor: todos sabemos tambien que los modernos Edgardos no hacen otra cosa que procurar aparecer poéticos, interesantes á los ojos de su Lucia. Para qué? Para precipitar á un hombre de honor á que se rebaje hasta matar á otro, que faltó al suyo desde que pu-

so los ojos en una muger que no podia pertenecerle. (CARLOS *se dirige al fondo del teatro y el* BARON *se coge de su brazo.* MARIA, *cruzando sus manos sobre el pecho y con una mirada suplicante, contiene á* FERNANDO *que va á hablar. Este con una transicion, cuyo efecto depende del actor, coje un libro de una consola, sobre la que se habrá apoyado, y se pone á hojearlo con ademan reconcentrado y pensativo.*)

BARON. Já!... já!... aboga usted (*A Carlos.*) por los maridos. Defensa legítima, aunque en causa propia,

FERN. (Tener que callar! Es preciso tomar una resolucion.)

MARIA. (Elena, yo voy á retirarme.)

ELENA. (No, darias que sospechar; variemos la conversacion.)

BARON. (*Acercándose á Fernando.*) Qué lee usted? Chateaubriand? (*Leyendo*).

FERN. Qué? (*Con aire distraido.*)

BARON. Viajes por América. (*Leyendo.*) A propósito! Habrá usted renunciado supongo al pensamiento que se dijo que tenia usted de espatriarse á la Vírgen del mundo?

FERN. (Oh qué rayo de luz!) Diré á usted.

ELENA. Va usted á viajar, Fernando? Cuánto me gustan los viajes!

CARLOS. (Qué escucho?)

FERN. Sí pensaba... digo, pienso viajar y por tierras lejanas.

BARON. Pero persiste usted aun...

FERN. Siempre he persistido.

CARLOS. (Si me habré engañado!) No tenia noticia de nada! Por qué ese viaje tan precipitado?

FERN. Precipitado? No. Hace ya algun tiempo que proyecté una escursion á alguna de las repúblicas de la América del Sur: luego... no sé por qué...desistí de esta idea: pero he vuelto á pensarlo y me olvidé decíroslo distraido con vuestra presencia: voy desde aqui al ministerio de Estado.

CARLOS. No apruebo que abandones el porvenir que se te presenta, para esponerte á los peligros de una navegacion tan larga.

MARIA. Es muy (*Con ansiedad reprimida.*) peligroso el viaje que quiere usted hacer?

FERN. No, Maria.

BARON. Pero como dice muy bien Carlos, volver la espalda á un porvenir tan brillante!

FERN. Mi porvenir! (*Con ironia dolorosa!*)

BARON. Y aunque usted diga que no, el viaje es peligroso y mas en este tiempo. Pues es nada desafiar en otoño las tempestades del viejo Océano!

CARLOS. Es cierto.

ELENA. Sin embargo...

FERN. No hay tales tempestades: ademas que el viajero que no las sufre, no tiene nada notable que contar.
(*Cárlos hojea distraido los libros que hay sobre la consola, encima de la cual habrá un espejo.*)

BARON. Es que algunos no quedan para contarlo.

FERN. En tal caso cree usted que muchos ojos habrian de llorar mi muerte?

MARIA. Cree usted que ningunos?

FERN. No: mi madre me lloraria, estoy seguro de ello.
(MARIA *se enjuga las lágrimas.* ELENA *se interpone entre* FERNANDO *y el* BARON, *de manera que* MARIA *quede oculta á los ojos de este.*)

ELENA. (Por Dios (*Aparte á Fernando.*), váyase usted, Fernando! Y usted no ha sentido nunca deseos de marchar tan lejos, Baron?

BARON. Jamás. A mí no me agrada viajar mas que por caminos de hierro. (*Siguen hablando.*)

FERN. (Insensato! le he hablado con tanta crueldad y ella me ama todavia! Sí; todo me lo revela!)

MARIA. (No poder ni aun llorar!)

CARLOS. (La abstraccion, el embarazo de ambos!) (*Mirando al espejo.*)

FERN. (Sí; es preciso que me aleje de aqui. Pero antes necesito hablarle... mas... cómo?... Oh qué idea!) Baron?

BARON. Decia usted?...

FERN. Espero emprender (*Sacando su cartera.*) pronto mi marcha, y deseo ponerme antes á las órdenes de usted. Sírvase usted darme sus señas.

BARON. De ningun modo permito que usted se incomode cuando tanto tendrá que hacer. Yo iré á ver á usted.

FERN. Ambos podremos visitarnos.

BARON. En tal caso escriba usted. Hace poco que he llegado y aun no tengo casa. Vivo en las fondas Peninsulares.
(*Fernando escribe en la cartera.*)

FERN. Cuarto?

BARON. Principal.

FERN. Número?

BARON. Diez y siete. (FERNANDO *arranca, sin que lo noten los interlocutores, la hoja en que ha escrito y la arruga en su mano derecha guardando la cartera.*)

CARLOS. Piensas marcharte muy pronto, Fernando?

FERN. Cuanto me concedan mi licencia.

CARLOS. Volverás acá, supongo.

FERN. Sí volveré; ahora me darán ustedes su permiso para que me retire: tengo que hacer.

BARON. Saldremos juntos. Yo tambien me voy.
(*Toman sus sombreros* FERNANDO *y el* BARON, *y este habla con* CARLOS *que observa á* FERNANDO *y á* MARIA.)

FERN. Adios, Maria.

MARIA. Adios, Fernando.

FERN. (Tome usted.) (*Le tiende la mano y al estrechar la de* MARIA *introduce en ella la hoja que ha escrito*: MARIA *quiere retirarse y él la contiene sujetándole la mano.*)

MARIA. (Qué hace usted!)

FERN. (Es la última vez que verá usted mi letra.)

MARIA. (No, por Dios!)

FERN. (Que nos estan viendo!) (MARIA, *pálida y trémula, oculta en su pecho el papel que le ha dado* FERNANDO. *Este, inquieto y turbado, saluda precipitadamente y sin dar la mano á* CARLOS.) Adios, Elena.

CARLOS. Hasta luego, Baron. (Se han hablado: no hay duda.)

BARON. Señoras!...

ELENA. Adios, Baron. (MARIA *saluda al* BARON *con un movimiento de cabeza y aire distraido.* FERNANDO *está á la puerta inmóvil.*)

CARLOS. Fernando, te vas sin tocar mi mano?

FERN. Perdona. No sé qué hago.

CARLOS. Te hace olvidar (*Con intencion.*) *la idea de tu viaje* los deberes que la amistad impone?

FERN. Si acaso, es solo por un momento. (Me asesina su mirada!)

CARLOS. Adios. (No hay duda: se han hablado.) (*Dice las últimas palabras observando á* MARIA, *que procurando dominarse, afecta sonreirse. El la mira en silencio y se dirige sin hablarle á una de las puertas laterales.*)

MARIA. Te vas?

CARLOS. Sí: tengo que escribir.

ESCENA VI.

MARIA, ELENA.

(*En el momento en que* CARLOS *desaparece de la escena,* MARIA, *que lo ha seguido con su mirada, oculta la cabeza entre sus manos, y prorumpe en sollozos.* ELENA *se acerca á la puerta por que ha salido* CARLOS, *observa y se vuelve al sofá: al sentirla* MARIA *alza la cabeza y seca sus ojos.*)

ELENA. Maria.

MARIA. Qué! Qué dices?

ELENA. Por qué ese espanto?

MARIA. Creia...

ELENA. Creias la verdad.—Creias que he descubierto que Fernando te ha entregado un papel al darte la mano.

MARIA. No; no digas eso. Pueden oirte.

ELENA. Descuida. He visto entrar á tu marido en su despacho. Maria, tú has recibido un papel que te dió Fernando.

MARIA. Quién te ha dicho tal cosa?

ELENA. Quién? Soy muger y te quiero mucho, Maria. Cómo no adivinarlo? He visto escribir á Fernando; le he sorprendido rasgando la hoja en que escribió; he observado los rostros de ambos al saludaros. No me niegues nada!

MARIA. Ay! Elena mia! (*Cayendo en los brazos de* ELENA.)

ELENA. Vamos, valor! Dí la verdad. Lo has recibido?

MARIA. Quisiera ocultarlo á mí misma! Pero sí, Elena, temí que nos viesen!... lo ví á él suplicante... Encontré el papel en mi mano... Qué sé yo?... hélo aqui...

ELENA. Lo has leido?

MARIA. No.

ELENA. Mejor: Debes quemarlo sin leerlo.

MARIA. Eso no es posible. Quién sabe lo que dirá!

ELENA. Maria, sabes que una muger casada ni aun por escrito debe atender palabras de amor?

MARIA. Pero quizá no hable de tal cosa... El... ya... no me ama!... (*Llorando.*) Léelo.

ELENA. Maria!!...

MARIA. No, yo lo leeré. (*Tomándolo.*) «Maria, déjeme usted que »le hable por la última vez!» (*Hablando.*) La última!

ELENA. Ves lo que decia?

MARIA. «Nada tema usted (*Leyendo.*), concédame esta súplica »postrera. De lo contrario no sé qué va á ser de mí.» (*Hablando.*) La última! Sí, la última vez! Y va á cruzar el mar! á morir quizá! Dios mio! Por qué me he casado yo?

ELENA. Maria, prométeme (*Con severidad.*) que por ningun motivo contestarás á esa carta.

MARIA. Sí, que se vaya maldiciéndome, que sea yo para su corazon el verdugo mas despiadado!

ELENA. Sí, todo eso; piensa en ello. Atorméntate, padece, sufre; pero no le escribas, no. Que eleves llenos de lágrimas tus ojos al cielo, pero que no tengas que bajarlos á la tierra; que puedas levantar tu frente pálida por el dolor, pero no enrojecida por la vergüenza!

MARIA. Qué dices, Elena! Fernando... yo... Podriamos olvidar?...

ELENA. Fernando es bueno, tú, mi Maria, eres un ángel de pureza; pero tú y él estais al borde de un abismo! Insensatos! Si mirais confiados al fondo, esa mirada producirá en vuestras cabezas el vértigo que os hará caer á lo profundo.

MARIA. Ay, Elena!...

ELENA. Tu honor, el de tu marido, el de él. La vida de los tres, la vida de Fernando peligra!

MARIA. Sálvame, Elena mia!

ELENA. Prométeme que no le escribirás!

MARIA. Sí, yo te lo prometo. (*Dejándose caer en el sofá. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS (*de bata*), MARIA.

MARIA. Vas á salir, Cárlos?

CARLOS. Sí, y no podré volver hasta muy tarde.

MARIA. Pues qué sucede? (*Con ansiedad.*)

CARLOS. Nada. Por qué esa espresion de espanto?

MARIA. Yo!...

CARLOS. Tranquilízate. Todo se reduce á que el Baron quiere que comamos hoy juntos Fernando, él y yo.

MARIA. Los tres solos?

CARLOS. Ignoro si concurrirá alguna otra persona. Anoche me dijo, que como Fernando debe marchar tan pronto... Te sientes mal?

MARIA. Yo? por qué?...

CARLOS. Decia, que como Fernando debe marchar tan pronto, deseaba solemnizar hoy mismo su reciente amistad con él.

MARIA. Ve en buen hora; pero siento que habré de quedarme sola. Elena ha recibido aviso de que su madre política está enferma: va ahora á su casa y quizá no vuelva tampoco. Si papá llega hoy y se encuentra sin nadie que le reciba...

CARLOS. Tu padre no debe llegar hasta mañana ó pasado mañana, segun sus últimas cartas; pero si tú lo deseas, me quedaré contigo.

MARIA. No; ve, Cárlos. No quiero que te prives de nada por mi causa.

CARLOS. Bien lo sabia yo! No tengo que quejarme de que mi esposa haya nunca procurado encadenar mi voluntad!

MARIA. Cuándo no quiero yo que estés á mi lado?

CARLOS. Y quién dice tal cosa? No hago mas que aprobar tu condescendencia, nacida sin duda de tu estremada aficion á la soledad. Oh, y eso no me lo negarás! Somos los recien casados mas silenciosos!... Voy á escribir unas cartas y despues salgo. Hasta la noche.

MARIA. Adios, Cárlos.

CARLOS. (Hé aqui la felicidad conyugal (*Saliendo por una de las puertas laterales de la izquierda del esterior.*) que yo esperaba!)

ESCENA II.

MARIA, *despues* ELENA.

MARIA. Su voz, sus ademanes, todo me prueba que ha descubierto el secreto de mi alma! Qué sucederá, Dios mio!

ELENA. Adios, Maria. (*Con traje de calle.*) Espero volver pronto, porque esa indisposicion... pero, calla! no me haces caso?

MARIA. Cómo que no? (*Distraida y procurando dominar su distraccion.*) Dices que... no será cosa el malestar de tu madre política... Ya ves!

ELENA. Creí que estabas disiraida y no quiero, señorita, oh, me equivoco! No quiero, *señora*, que esté usted triste ni pensativa.

MARIA. Sí, es mejor no pensar en nada.

ELENA. No tal. Piensa en que muy pronto abrazarás á tu padre, que deseará devorar la distancia que lo aparta de tu

lado. Porque, créeme, Maria, nadie te ama mas que tu padre.

MARIA. Nunca cometeré la ingratitud de creer lo contrario. Pero cuán dificil es ser buen padre!

ELENA. Maria!

MARIA. No, no creas que acusará mi voz al mio por falta de ternura; pero, ay, Elena! Por qué atender solo á los propios deseos, á las inspiraciones de la inteligencia, cuando con una palabra se va á decidir de la felicidad de un hijo? Para conseguirla, deberian estudiarse los sentimientos de ese ser cuya suerte está en nuestras manos. Se hace esto? Si se hiciera, cómo no hubiese conocido mi padre, que tanto me quiere, que mi corazon no ambicionaba mas que poseer el de Fernando?

ELENA. Siempre Fernando! Dame gusto: no hablemos mas de él.

MARIA. No hablar mas de él! (*Sonriendo amargamente.*) Manda tambien á mis ojos que no le vean siempre delante, que no le vean como... Oh, Dios mio! (MARIA *llora agitada y convulsamente.* ELENA *deja su sombrero y manteleta; viene á sentarse junto á ella, y le estrecha las manos con cariño.*)

ELENA. Hija mia! Mírame, háblame de él, haz lo que quieras: yo no deseo mas que salvarte.

MARIA. Esto es horrible... puede ser un presentimiento!... (*Hablando consigo.*)

ELENA. Qué dices? Mira, recójete, estás muy pálida y tienes los párpados hinchados y rojos. Tú no has dormido esta noche pasada.

MARIA. Pluguiera á Dios! Elena, no me recuerdes mi sueño!

ELENA. Qué estás diciendo?

MARIA. Oye, Elena; casi me siento impulsada á conceder á Fernando la cita que en este escrito me pide. (*Sacando del pecho el papel que le dió* FERNANDO.)

ELENA. Imprudente! aun conservas ese papel?

MARIA. Y cómo no conservarlo! No sabes cuánto le amo! No sabes que en estas líneas se despide de mí para siempre! (*Besando el papel.*)

ELENA. Maria! Tú enloqueces! (MARIA *se levanta dejando en el sofá su pañuelo y la carta de* FERNANDO.)

MARIA. Oyeme y verás si tengo sobrado motivo para encontrarme como me ves. Soñé que Fernando salia de un puerto que no sabré nombrarte: no acierto á pensar de

qué modo nos encontramos en el mismo puerto mi esposo, tú y yo, cuando *él* iba á poner el pie en la barca que debia conducirlo al buque que lo esperaba para levar el ancla. Aparecimos á sus ojos, y sin que vosotros pudierais verlo, yo sola le observaba: cayó de rodillas sobre las piedras del muelle, cruzó sus manos sobre el pecho, y con el rostro horriblemente pálido, resbalando por sus megillas dos lágrimas gruesas, muy gruesas, clavó en mí una mirada suplicante, y me dijo: «Maria, Maria! Déjame que te hable un momento á solas! déjame que toque tu mano una vez siquiera!» 'Y se arrastraba de rodillas por las piedras; se adelantaba hácia mí con el mismo ademan humilde, suplicante.' Yo sentí que se agolpaba al corazon toda mi sangre, conocí que flaqueaba mi virtud, temí que si aquel hombre me hablaba una palabra mas, me precipitaba en sus brazos. 'Estaba llorando, Elena, llorando! Qué efecto causan en el corazon de una muger las lágrimas de un hombre!'

ELENA. Maria! No des valor alguno á tales locuras.

MARIA. Huyendo de mí misma, retrocedí algunos pasos; pero él siempre me seguia, siempre con la misma palidez, siempre con aquellas dos lágrimas que no se caian de sus megillas. 'Miré hácia el mar, conocí que en su seno ofrecia la muerte un refugio á la muger deshonrada á quien su esposo y el mundo rechazasen,' y, loca, ciega, iba á tender á él mis brazos, iba decirle, *yo te amo*, cuando de pronto encontré clavados en los mios los ojos de mi marido, y lanzando un grito de espanto me precipité en su seno.

ELENA. Basta, basta. Estás muy agitada.

MARIA. No; necesito decírtelo todo. Escuché un rugido doloroso, y cuando levanté mi cabeza, Fernando habia desaparecido!... El buque que lo llevaba hendia las aguas con la velocidad del rayo; 'pasó un instante y apenas se divisaban en el horizonte sus velas.—Entonces un poder misterioso me arrancó de vuestro lado: no sé cómo ni por dónde seguí la marcha del buque, y el tiempo volando como mi pensamiento salvaba distancias infinitas.—Una noche en que el mar estaba en calma, en que la luna flotando rodeada de nubes blancas, en medio de un azul oscuro, quebraba sus ra-

yos sobre la quieta superficie de las olas que ondulaban con un sonido melancólico, descubrí el buque de Fernando; él estaba sentado en la popa, reclinada sobre la mano su cabeza, parecia despedirse de las playas en que pensaba que yo vivia contenta en los brazos de otro hombre!" Súbitamente el cielo y el mar se tornaron negros como el caos, encendiéndose á veces con una luz color de sangre que arrojaban las nubes al desgarrarse bramando. En uno de esos momentos de espantosa claridad divisé al buque, partidos sus mástiles; silbando sus cuerdas rotas y sacudidas por el viento; volteaban en sus costados sus velas desgarradas que parecian las alas de las muerte: montes de espuma verdinegra inundaban su cubierta, donde no habia un solo hombre. Fernando no mas estaba sobre la popa, con los brazos cruzados, "flotando enmarañados sus cabellos;" sus megillas no estaban ya pálidas, las animaba un color siniestro; ya no caian lágrimas de sus ojos que clavaban en el vacio una mirada llena de desesperacion, y el viento arrancaba de sus labios contraidos estas palabras que venian á traspasar mi alma: «Maria? me negaste el último adios, maldita seas!» Volvió la oscuridad; la angustia oprimia mi pecho. Tornó la luz, y entonces ví al buque estrellarse contra una roca, y entonces ví á Fernando caer desde la popa y ví que chocó su frente contra la roca, de donde lo arrancó una oleada! Oí una voz que me decia: «Maria! »me negaste el último adios, maldita seas!» Y me acerqué á un lugar donde las aguas formaban un remolino, me acerqué y ví que su cuerpo se hundia perpendicularmente; me acerqué mas y observé que la espuma que flotaba sobre su cabeza estaba ensangrentada: la soplé con mi aliento, y pude ver su frente deshecha, de la que manaba sangre; y ví los borbotones de agua que penetraban por su boca, que queria hablarme, y le ví romper la superficie de las olas con sus manos cárdenas y enclavijadas, que agitaba en el aire para maldecirme!!!

ELENA. Maria! cálmate, olvida ese espantoso delirio!

MARIA. Sí, muy espantoso. Mi aciaga suerte no quiso concederme el consuelo de morir en aquel instante. Desperté para tener que ahogar en el fondo de mi pecho los

quejidos de mi alma; no podia rezar, no podia ni aun llorar, temiendo que el eco de mis gemidos turbase el descanso de mi esposo que dormia confiado en mi virtud.

ELENA. Y con razon, Maria, porqué tú eres digna de esa confianza... oye, quizá Fernando no emprenda ese viaje.

MARIA. Será posible! Crees tú que no irá á esponerse á morir de esa manera?

ELENA. Quizá no lo emprenda; pero de cualquier modo dejareis de veros hasta el dia en que podais hacerlo con tranquilidad.

MARIA. Elena! Tú no has amado nunca!

ELENA. Qué niña eres! Pero calla; tu esposo se acerca.

(CARLOS *aparece vestido de calle.* MARIA *se enjuga las lágrimas.* ELENA *se sienta á su lado en el sofá.*)

ESCENA III.

DICHAS: CARLOS.

CARLOS. Qué es esto? Tú aqui todavia, Elena? Estás (*A Maria.*) llorando?

MARIA. No... yo...

ELENA. No es nada, una afeccion nerviosa ligera.

MARIA. Ello pasará...

CARLOS. Sin embargo...

ELENA. Sí. Yo pienso no salir por ahora.

CARLOS. De ningun modo. Qué diria tu madre política, que debe estrañar ya tu tardanza?

ELENA. Pero...

CARLOS. Si Maria necesita que la acompañen, ¿no estará bien al lado de su marido?

MARIA. Ambos podeis marcharos. Yo me siento ya buena y me retiro á mi cuarto.

ELENA. Sí, eso es lo mejor. Lo que necesita mas que todo es reposar. De ninguna manera (*Poniéndose el sombrero y manteleta.*) podrá conseguirlo mejor que estando sola. Nosotros nos iremos y daremos órden de que no recibes á nadie. Te parece bien? (*Besándola.*)

MARIA. Sí, vamos. (CARLOS *se sienta pensativo.* ELENA *acompaña á* MARIA *hasta la puerta de su habitacion, y despues vuelve adonde está Carlos.*)

ELENA. No vienes?
CARLOS. Cómo? (*Distraido.*)
ELENA. Qué es esto?
CARLOS. Ah! Dispensa. Qué decias?
ELENA. No nos vamos?
CARLOS. Que te deje la berlina y luego vuelva por mí.
ELENA. Por qué no me acompañas tú?
CARLOS. Voy por camino enteramente opuesto.
ELENA. Y qué te importa rodear un poco?
CARLOS. Quiero ver si se serena Maria... Hazme el favor de que aguarde solo... Mira que estan (*Con impaciencia.*) esperándote.
ELENA. Voy. Qué poco galante es usted, caballero!...
CARLOS. Adios: vuelve pronto.
ELENA. (¡Dios nos tenga de su mano!)

ESCENA IV.

CARLOS *solo.*

Será posible? No, no: debo haberme engañado... sin embargo, parecia que ambas deseaban que me alejase. Oh! Permaneceré en mi casa... adónde voy á parar? Maria y Fernando se han amado en otro tiempo; pero acaso no es ella honrada, virtuosa? No es él mi mejor amigo? Insensato! Puede satisfacerse mi honor con esa fidelidad material? Qué le importa á mi corazon que mi nombre esté puro, cuando mi esposa suspira por otro? Preferiria ver patente mi desgracia á esta cruel incertidumbre! (*Agita el pañuelo de* MARIA, *que esta habrá dejado sobre el sofá, y vé caer de él la hoja de la cartera de* FERNANDO.) Un papel... está escrito con lapiz... Fernando!... le pide una cita... Dice que necesita que le escuche!... Con qué derecho habla este hombre de tal manera á mi esposa? á la muger en quien he depositado todas mis esperanzas y veinte y siete años de honradez, de hidalguia! Todo lo comprendo! ayer al partir le daria este papel, y ella lo habrá llenado de lágrimas! lo habrá besado! Oh! yo necesito matar á alguien!!! (*Pausa.*) Quieren deshonrarme! pero si no abrigase él ninguna idea contra su virtud... soy un

necio! Por qué entonces su criminal recato? por qué entonces la triste inquietud que á ella le devora y que no puede disimular?... ah! en vano pretendo engañarme yo mismo! Y qué hacer! Qué hacer!... Deberia entregarle este papel á ella, confundirla; Mari... No, no debo hablarle ahora: no podria contenerme. Quizá está inocente, y deber mio es salvarla. Salvarla, y vengarme del traidor amigo! Vengarme! Y cómo! (*Mirando la puerta por que salió* Maria.) Qué veo! ella se acerca: yo no puedo resistir su presencia... ah! iré á casa de Fernando, me esplicará su conducta: sí, sí debo buscarle. (*Tira del cordon de la campanilla y sale un criado.*) Ha vuelto el coche?

Criado. No, señor. (Carlos *hace una seña y el criado se retira.*)

Carlos. Iré á pie. No debo perder un momento. (*Dice esto tomando su sombrero y dirigiéndose hácia la puerta del fondo.* Maria *sale por la que antes habia entrado.*)

ESCENA V.

Carlos, Maria.

Maria. Carlos.

Carlos. Qué? (*Con sequedad.*)

Maria. Te vas?

Carlos. Sí, ya es tarde.

Maria. Te he detenido demasiado?

Carlos. No; mas estan esperándome. Adios.

Maria. Por qué no te quedas?

Carlos. Hace poco diste á entender que necesitabas de la soledad, de reposo: ahora deseas que permanezca á tu lado. Qué quiere decir esto?

Maria. Nada. Quisiera no quedarme sola.

Carlos. Te sientes mal?

Maria. No; pero desearia verte aqui.

Carlos. Estraño capricho! Si no es mas que eso no puedo detenerme. Adios. (Yo sabré encontrarle.) (*Váse Carlos.*)

Maria. Dios lo quiere! Todo se conjura contra mi decision... Pero por qué no he de contestar á Fernando? Por qué no he de permitir que me hable la vez postrera? Y cuando vá á afrontar el peligro de una muerte proba-

ble! acaso al decirme á mí *adios* lo dice tambien á la vida, y desea el pobre moribundo dirigir una palabra de perdon á su asesino! porque yo soy quien lo mata! Dios mio! Por qué no tuve valor para resistir? Por qué concediste tal tesoro de ternura al corazon de la muger, si le negaste el mas leve átomo de energia?... Ah! si esta fragilidad pudiese conducirme!... No. Yo no debo escribir á Fernando! no debo verlo!... Pero por qué desconfiar asi de mis fuerzas?... Una corta entrevista y despues una separacion eterna!... Esto en nada puede oponerse á mis deberes de esposa: no volveremos á vernos... Sí, sí: voy á escribirle.

ESCENA VI.

MARIA, FERNANDO. *Aparece* FERNANDO *al tiempo que* MARIA *se dirige hácia la mesa á escribir: ella al verlo vacila y se apoya en el respaldo de un sillon.* FERNANDO, *con aire turbado, avanza lentamente y queda parado frente á* MARIA, *hasta que ella le hace señas de que se siente. Ambos lo hacen.*

MARIA. (Sola con él! Madre de Dios, no me abandones!)

FERN. (Ella!) (*Pausa.*) Disimule usted, señora, que haya penetrado hasta aqui, á pesar de la órden que habia usted dado.

MARIA. Yo, no...

FERN. Cómo?

MARIA. No decia nada.

FERN. A saber que estaba usted aqui, no hubiera llegado á esa puerta. Entré pensando escribir dos líneas despidiéndome.

MARIA. Se va usted (*Sin poder dominar su emocion.*) muy pronto?

FERN. Sí. (*Pausa.* MARIA *deja caer la cabeza sobre el pecho y los brazos con abandono doloroso.*) Ayer me afirmé en llevar á cabo este pensamiento que habia ya desechado. Al obrar asi creia obedecer á la voz de mi conciencia que me lo imponia como un deber, á la voz de mi corazon que me ordenaba que respetase la tranquilidad de usted. Impulsado por tales sentimientos, pensaba que ni la conciencia ni el corazon de usted se negarian

á escuchar mi despedida. He visto que me engañaba!

MARIA. Fernando!

FERN. Lo he pedido, y al llegar á los umbrales de esta casa me han dicho que usted no recibia.

MARIA. No sabe usted que soy casada?

FERN. Por piedad le suplico á usted que no me lo recuerde. No lo habia olvidado; pero jamás creí que el lazo que le une á usted con otro hombre fuese un obstáculo para estrechar casta y puramente la mano de...

MARIA. Por el amor de su madre, le ruego á usted que abrevie esta entrevista. Sí, Fernando, sea usted generoso, y déjeme que pueda á solas rogar al cielo que le devuelva su felicidad.

FERN. Mi felicidad! (*Levantándose. Maria lo hace tambien.*) Imagina usted que son iguales todos los corazones? Cree usted que no existe uno siquiera que se encuentre seco, vacío, el dia en que llora gotas de sangre sobre el cadáver de su amor? Ser yo feliz, y creer usted que puedo serlo! Ah! No le basta á usted haberme hecho tan desgraciado, sino que aun quiere insultar mi dolor con el sarcasmo?

MARIA. Fernando!

FERN. Perdon, señora; pido á usted mil veces que me perdone. Tiene usted razon; no debemos hablarnos. No guarde usted tampoco el menor recuerdo mio. Los páramos de América concederán bastante espacio para huir de sí mismo al hombre á quien usted desea que sea feliz! Si tal es el deseo de usted, pídale entonces al cielo que se apiade de mí, que me libre de esta vida que aborrezco! Pídale usted tambien, que no quede grabado en parte alguna mi nombre, para que no turbe su paz con mi recuerdo! Pídale usted que encuentre mi felicidad bajo las aguas del Océano!

MARIA. Ah! Fernando! (*Con un grito terrible.*) Usted no sabe lo que dice! (*Comprimiendo su frente entre ambas manos.*)

FERN. Maria! Maria!

MARIA. No me trate usted tan cruelmente, Fernando. Tenga usted lástima de mí, y perdone á la muger miserable, irresoluta, que tan vilmente hizo traicion al corazon de usted, destrozando el suyo! Perdone usted á la esposa culpable, que ni un momento lo ha olvidado, que se

muere de espanto, al pensar en el viaje que quiere usted emprender; que le pide de rodillas que no lo lleve á cabo; pero que no la vea, ni la hable, si es verdad que la amó usted algun dia!

FERN. Maria! Yo no sé lo que pasa por mí! Tú no has podido nunca dejar de amarme!

MARIA. (Oh, Dios! Qué he dicho!) Por piedad, no haga usted caso de mis palabras!

FERN. Por qué, ángel de mi vida? Tu alma es pura, impecable! Tú pedirme que yo te perdone! Yo sí que deberia arrastrarme á tus pies pidiéndote que perdonases mi insensato orgullo! Necio orgullo! Yo no puedo tener para tí mas que lágrimas de amor!

MARIA. Calle usted, por el cielo! Yo no puedo escuchar ese lenguaje!

FERN. Oh, no me hables de ese modo! Háblame como en aquellas horas en que imaginábamos ser un dia el uno del otro! Ah, Maria! Por qué hemos de resignarnos cobardemente á ahogar en nuestros corazones el amor que les inspiró el cielo?

MARIA. (Vírgen Santa, protéjeme!) Vete, Fernando. No desoigas mi última súplica!

FERN. Sí, me iré! Me iré llevando conmigo el remordimiento de no haber podido llamarte mia! Oh! Por qué? Quién hay que á nuestra pasion pueda oponerse? Yo soy tu esposo; tu alma á mí consagraba el *sí* que en el altar pronunció tu labio; á mí veian tus ojos al tender tu mano á la bendicion del sacerdote! Yo estoy en las palabras de tu boca; yo estoy en los pensamientos de tu mente; yo estoy en los latidos de tu corazon! (*Cayendo de rodillas, y cogiéndola una mano que cubre de besos.*) Maria! Sígueme! No me abandones!

MARIA. Fernando, vete! (*Con débil resistencia.*) vete! Ah! mi marido!

FERN. Carlos!

ESCENA VII.

DICHOS: CARLOS. CARLOS *aparece en el fondo, avanza hácia el proscenio, y se contiene con violento contraste.* MARIA *al decir «Ay! mi marido!» se cubre el rostro con las manos.* FERNANDO *se levanta y queda confuso á la vista de* CARLOS. *Este viene á colocarse entre ambos interlocutores, y cruzado de brazos, les dirige miradas coléricas.*

CARLOS. Salga usted (*Indicando á Fernando la puerta.*) de mi casa.

MARIA. Por el cielo! (*Arrojándose entre ambos.*)

CARLOS. Silencio, señora! Retírese usted!

MARIA. Imposible!

CARLOS. Teme usted (*Cogiéndola por un brazo con violencia y obligándola á entrar en su gabinete.*) que vaya á enterar á mis criados de mi deshonra?

MARIA. Por Dios!

CARLOS. Retírese usted, ó no respondo de mí! (*Hace entrar á Maria en un gabinete.*)

FERN. Caballero. .

CARLOS. Cómo se atreve (*Con furiosa indignacion.*) usted á hablarme? No siente usted doblarse su cabeza bajo el peso de la vergüenza?

FERN. Ya esto es demasiado! Acabemos de una vez.

CARLOS. Asi! Ya corona usted su obra! Emplear todas las astucias de la seduccion para conmover la flaqueza de una muger; estrechar traidoramente la mano de un amigo para poder con mas facilidad deshonrarle? Es una historia que debe acabar con un duelo de comedia, un rasguño, un desarme, un tiro al aire!

FERN. Pero qué es lo que (*Desesperado.*) usted quiere?

CARLOS. Quiero que sepa usted que no tiene derecho para provocarme. Quiero que sepa usted, que podria, si quisiera, obligarle á que me pidiese perdon de rodillas; que podria atravesarlo á usted por la espalda! Atravesarlo, aunque invocase usted mi piedad por la memoria de mi madre!

FERN. Basta. Usted quiere vengarse: dispuesto estoy á ello; pero antes sepa usted que su esposa está pura como un ángel...

CARLOS. Me va usted á hacer reir! Imagina usted que á no estar cierto de ello viviria usted ahora?

FERN. Acabemos, caballero.

CARLOS. Sí, acabemos. No falte usted á comer en casa del Baron: allí nos veremos.

FERN. Pero...

CARLOS. Qué aguarda usted aqui? No le parece á usted bastante lo que he sufrido? (FERNANDO *dirige su vista hácia la puerta por donde entró* MARIA. CARLOS *con una mirada, y señalando con su mano la puerta del fondo, le ordena salir*. FERNANDO *sale con aire desesperado.)* Oh! Tardar algunas *(Volviéndose con furor doloroso.)* horas en vengarme! (*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Casa de Fernando.—Gabinete de soltero elegantemente alhajado.—Sobre una de las mesas arden dos bujías.—Es la media noche.—Chimenea encendida.—Puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, UN CRIADO.

FERN. Qué hora es?

CRIADO. Acaban de dar las dos.

FERN. Ha venido alguien á buscarme?

CRIADO. Nadie.

FERN. Puedes retirarte; pero no te recojas. Han de venir á buscarme dos amigos, á los cuales harás entrar, avisándome antes.

CRIADO. Se le ofrece á usted algo?

FERN. Nada. (*Va el Criado á retirarse y vuelve.*)

CRIADO. Se me olvidaba! Como no ha vuelto usted desde esta mañana no he podido entregarle esta carta. (*Tomándola de una mesa y dándosela á* FERNANDO.)

FERN. Quién la trajo?

CRIADO. Es del correo. (FERNANDO *toma la carta y el Criado se retira á una señal de aquel.*)

ESCENA II.

FERNANDO *solo.*

Esta carta es de mi madre; sí, esta es su letra. Madre del alma mia! (*Coloca la carta sobre la mesa.*) No puedo abrirla ahora: si la leyese acaso flaquearia mi entereza! Recoger de esas líneas la espresion de su cariño ardiente y desinteresado, de sus bellas y orgullosas esperanzas de madre, pensando en que acaso múy pronto no tendrá ni aun el consuelo de llorar sobre el cadaver del hijo que tanto adora! No, no puedo leerla! Perdona, madre mia, si tu Fernando quiere apartar con negra ingratitud su pensamiento de tu imagen: perdónalo, sí, porque es forzoso que muera; y quién tiene valor para morir pensando en su madre? (*Se pasea agitado.*) Fatalidad! En ver en los brazos de otro hombre la muger que he amado; en atravesar con la punta de una espada el pecho de un amigo ó recibir la muerte de su mano, han venido á parar mis proyectos de amor puro, de virtud, de paz doméstica! Condenacion! ¿Por qué sentir con tal vehemencia las aspiraciones al bien, si la mano de hierro del destino ha de arrancarnos de la senda que á él nos lleva?... Siento á pesar mio que me es doloroso abandonar la vida teniendo nuevas pruebas del amor de María! Cuánto me amaba! Sí; ella sola... Pero no: recuerdo de amargura! un ser hay sobre la tierra cuya desgracia exige mi muerte como una reparacion... Pobre Eugenia! aspiré el perfume purísimo de la flor de su sentimiento para devolverle en cambio el olvido!... pobre Eugenia!...

ESCENA III.

FERNANDO, EL CRIADO, *despues* MARIA.

FERN. Qué hay?

CRIADO. Una señora dice que tiene que ver á usted precisamente.

FERN. Una señora!

CRIADO. Acaba de llegar en un carruaje de alquiler.

FERN. (Debe ser ella! Qué compromiso!) Dile que pase y cuenta con procurar conocerla.

CRIADO. Señor! yo cometer tal indiscrecion! *(Váse.)*

FERN. Habrá sabido algo? Qué haré para desengañarla? *(El* CRIADO *introduce á* MARIA *y se retira.)*

FERN. Maria! usted en mi casa?

MARIA. Sí! yo que me atrevo á venir rompiendo por todo.

FERN. Esa agitacion...

MARIA. No tengo nada que temer por usted. Sé que estoy en casa de un caballero. No es verdad Fernando que usted no ha concebido la menor idea que pueda ofenderme al traspasar yo los umbrales de esa puerta?

FERN. Oh me avergonzaria de mí mismo! Pero esta venida?...

MARIA. Al obedecer esta mañana el mandato de mi marido retirándome á mi cuarto, faltó mi naturaleza y caí desmayada. Ignoro lo que entre ustedes pasó; al volver en mí me hallé en los brazos de Elena. Ella nada sabia, y Carlos ya no se encontraba en casa, ni ha vuelto hasta ahora, en que sin comunicar ni á Elena mi pensamiento me he determinado á venir aquí.

FERN. (Respiro! No sabe nada.)

MARIA. Preveo que en esta ignorancia mia existe un secreto terrible. No sé... mi labio no se atreve á formular los temores que asaltan mi corazon; pero usted me comprende, Fernando, usted tendrá lástima de mí y hará que no se realicen mis horribles sospechas.

FERN. Tranquilícese usted: esos temores son infundados... Retírese usted, Maria; yo mismo acompañaré á usted á su casa .. ó vaya usted sola en el carruaje, si asi lo prefiere.

MARIA. No, yo no puedo retirarme; la turbacion de usted aumenta mi inquietud. Fernando dígame usted la verdad!

FERN. Maria, créame usted por Dios. Créame y retírese á su

casa, porque me estremezco al pensar que cualquier incidente desgraciado pudiera dar ocasion á que se notase la falta de usted. Si despues del costoso sacrificio á que su virtud de usted nos condena pudiera alguien dudar de esa virtud!...

MARIA. Sí, he cometido una imprudencia atroz: pero ay, Fernando! Solo Dios y yo sabemos lo que sufro en la cruel incertidumbre que me domina! Compadézca se usted de mis sufrimientos. Yo me retiraré tranquila, si usted me jura por el recuerdo de nuestro amor que no debo temer nada.

FERN. Qué mayor seguridad que la que dan á usted las palabras del hombre que nunca la ha engañado?

MARIA. No, yo necesito....

CRIADO. (*Saliendo.*) Dos caballeros desean pasar.

FERN. Van á ver á usted aquí! (*Señalando una puerta á la izquierda del espectador.*) Ocúltese usted en ese gabinete.

MARIA. Protégeme, Dios mio! (*Entrando por la puerta que le ha indicado* FERNANDO.)

ESCENA IV.

FERNANDO, EL BARON, LUIS.

BARON. Fernando.

FERN. Buenas noches, Baron. Adios, Luis.

LUIS. Hemos hablado con Carlos.

FERN. Sí; habla mas bajo.

LUIS. Hay alguien que nos escuche? Tienes alguna tapada?

BARON. Cómo?

FERN. Nada. Cosas de Luis! Nadie hay aqui que nos oiga.

LUIS. Decia que hemos hablado con Carlos, y teniendo en cuenta que el lance fué público, pues lo presenciamos mas de seis personas, hemos decidido que el duelo no se dará por terminado ha staquedar uno de los dos fuera de combate.

FERN. Está bien, y con las condiciones que ustedes determinen.

BARON. Las condiciones que nos han parecido las mejores para un lance de esta especie son que el combate sea con

pistola; colocados á veinte y cinco pasos de distancia avanzarán ustedes...

FERN. Yo renuncio á saberlas. Las acepto, cualesquiera q ellas sean, y en el terreno seguiré fielmente las instrucciones que ustedes me den.

LUIS. Chico, estás inquieto, receloso!

FERN. Luis!

LUIS. No vayas á creer que me figuro que tienes miedo: te conozco demasiado, y aun recuerdo la magnífica cuchillada que diste á aquel periodista que se tomó el trabajo de anotar tu primer discurso en la Cámara. Figúrese usted, Baron...

FERN. A qué hablar ahora de eso?

BARON. Es cierto; mas vale que nos retiremos, porque el señor acaso tendrá que hacer algunos preparativos.

FERN. Solo deseo dormir un rato.

LUIS. En tal caso, adios. Antes de amanecer vendremos por tí.

FERN. Hasta luego.

BARON. Un momento. Es preciso advertir al señor.

LUIS. Es cierto. Nos olvidábamos de una cosa esencial. Aunque el Baron y yo hemos querido evitarlo se ha empeñado uno de los padrinos de Carlos en que escribais ambos la carta consabida.

FERN. Qué carta?

LUIS. No comprendes? Una carta en la que se manifieste que la muerte ha sido...

FERN. Ya! No tengo aquí recado de escribir. Vuelvo al instante. (*Entra por una puerta que esté al lado opuesto de aquella por que entró* MARIA.)

LUIS. Triste es acompañar á un amigo á quien se quiere en estos momentos.

BARON. Y en un lance del carácter de este!

LUIS. Siendo ambos combatientes de resuelto ánimo, y al menos Fernando muy diestro en el manejo de las armas; terrible fin preveo que ha de tener este asunto.

BARON. Pero yo no concibo el arrebato de Cárlos; por una leve disputa alzar la mano sobre un amigo!

LUIS. Silencio, que viene aqui Fernando. (*Sale á la escena* FERNANDO.)

FERN. (*Entregando una carta á* LUIS.) Está bien asi?

LUIS. (*Leyendo.*) «Me he suicidado.—Fernando de Paredes.» —Perfectamente. Toma.

FERN. No la guardas tú?

LUIS. No por cierto: tú debes llevarla en un bolsillo. Si acaeciese una desgracia no seria yo quien pusiera esa carta sobre el cadáver de un amigo. Adios.

FERN. Adios. (Si oirá Maria!)

BARON. Llevamos mis pistolas, que yo aseguro á usted que Cárlos no conoce...

FERN. Es inútil que me haga usted semejante advertencia.

BARON. Adios, Fernando.

LUIS. Hasta luego.

FERN. Hasta luego. (*Los tres se estrechan las manos.*)

ESCENA V.

FERNANDO, MARIA.

(MARIA *pálida, vacilante y con ademan estraviado sale d e gabinete y viene á caer en una silla.* FERNANDO *se acer á ella como aterrado por la espresion del rostro de* MA R *Esta gira sus ojos en todas direcciones.*)

MARIA. Se han ido! Se han ido! Oh, me ahogo!

FERN. Maria!

MARIA. Se han ido esos hombres que con la mas brutal indiferencia se preparan á presenciar un crímen!

FERN. Todo lo ha oido!

MARIA. Sí, todo. Y usted mentia! Usted me engañaba! Usted no me ha amado nunca!

FERN. Maria! Por el cielo! Esa agitacion!

MARIA. No; nada tema usted, mi razon no está turbada. Todo lo he escuchado desde allí, y no se ha escapado un grito de mi seno; mis rodillas no han flaqueado un solo instante, porque sentia dentro de mí una fuerza suprema que me mandaba vivir; una fuerza que sujetaba mis pasos cuando deseaba arrojarme aqui para hacer callar esos hombres!

FERN. Que no te abandone esa fuerza, Maria, porque es inevitable arrostrar estos momentos de prueba. Dios lo quiere!

MARIA. Qué quieren decir esas palabras? Usted no comprende que el poder que me alienta no es otra cosa que la e s-

peranza que abrigo de que ese duelo no ha de verificarse? Porque no se verificará. De rodillas, de rodillas se lo pido á usted. (*Va á arrodillarse*, FERNANDO *le impide hacerlo.*) No tengo ni lágrimas que derramar: mis ojos estan secos como la ceniza! Fernando, usted no puede querer que yo viva de esta manera.

FERN. Yo no he provocado el combate; lejos de ello he tratado de rehuirlo en cuanto mi honor me lo permitia.

MARIA. El honor! El honor! Y usted, tan celoso de su honor, no ha pensado en que ese duelo arroja el honor de una muger manchado de sangre al desprecio del vulgo?

FERN. No calumnie usted con tal injusticia mis sentimientos ni los de su esposo. El verdadero motivo de este combate será ignorado de cuantas personas tengan de él noticia. Yo solo seré el deshonrado; yo solo el que debe arrostrar la muerte.

MARIA. No; yo no puedo consentir que usted muera. Morir, y morir por mi causa! Fernando, acuérdate de nuestro amor!

FERN. Maria!

MARIA. Dios mio, perdóname! Sucumba yo sola! Fernando, huyamos de aqui!... Llévame donde quieras. Donde pase una vida de tormentos, atravesada por el puñal de la conciencia, donde se arrastren mis dias en la infamia; pero donde yo no vea delante de mis ojos tu cadáver ensangrentado; donde yo no toque tus manos manchadas con la sangre de mi esposo!

FERN. Qué lucha tan horrible!

MARIA. Vamos, vamos. El miedo me da fuerzas para todo.

FERN. Imposible!

MARIA. Dios mio! Sacrificaba mi alma á las eternas agonías del crímen; tambien es inútil!

FERN. Maria; el dolor estravia tu mente, y seria indigno de llamarme hombre, si me rebajase hasta el estremo de abusar de tu delirio!

MARIA. Es verdad: yo estoy loca! Pero yo no puedo resignarme á que ese duelo se verifique.

FERN. Es forzoso! Si usted supiera lo que padece en este momento mi alma! Usted no puede comprenderlo. La naturaleza y la sociedad evitan á las mugeres el martirio de sacrificar los sentimientos mas generosos al inexorable deber del honor!

MARIA. Sacrificios! Qué no sacrificamos nosotras! Qué no sacrifico yo! 'Hace pocos momentos que de los labios de usted partió el castigo de mi último sacrificio.' Oh! Pero usted tambien, Fernando, usted que es bueno y generoso, antepondrá á esas falsas ideas de honor y orgullo mundanos, las verdaderas inspiraciones de la conciencia. Pregunte usted á la suya si le permite ir con la frente alta, con el corazon sereno á asestar una pistola al pecho de un hombre á quien ha ofendido...

FERN. Yo tambien he recibido una ofensa mortal! 'Imagina usted que á no ser su esposo viviria á estas horas?

MARIA. Sí, sí; pero perdónele usted. El sabia que usted me amaba; él sabia que yo le amaba á usted. *Yo!* la muger guardadora de su felicidad y de su honra, amaba á otro hombre! El lo ha sorprendido á usted á mis pies, y en qué momentos, Fernando! 'Recuerda usted lo que me decia? Me suplicaba usted, conmoviendo mi frágil condicion, que lo abandonase, que lo dejase solo con su dolor y su deshonra para huir con usted. Tendrá usted un brazo bastante firme para matar á ese hombre?'

FERN. Ambos nos hemos ofendido: ambos necesitamos que nuestra mútua ofensa se lave con sangre.

MARIA. Sangre! Sangre! Ah, no! Tenga usted piedad de mí! Deme usted su palabra de que no se batirá!

FERN. Imposible, Maria!

MARIA. (*Cayendo á los pies de* FERNANDO *y abrazando sus rodillas.*) Ay, sí, por Dios! De rodillas, de rodillas le pido á usted que no mate al padre de mi hijo!

FERN. (*Con frenesí salvage.*) Señora!

MARIA. (*Levantándose.*) Qué espresion!

FERN. (*Fuera de sí.*) Viene usted á pedirme su vida revelándome ese secreto? Y no imagina usted que al saberlo desearia sentir la boca de mi pistola sobre su pecho?

MARIA. Jesus! He podido yo amar á semejante hombre? (*Cayendo sobre un sillon y cubriéndose el rostro con las manos.*)

FERN. Maria! (*Aproximándose á ella.*)

MARIA. Aparte usted! 'Y yo pretendia despertar sentimientos generosos en el corazon que ha inspirado semejantes palabras!...'

FERN. (*Cayendo de rodillas á los pies de* MARIA.) Maria! perdóname... yo no sé lo que he dicho... No apartes tus

ojos... no me aborrezcas... tu odio me haria morir con la blasfemia en los labios!

MARIA. Morir!

FERN. Tú no sabes lo que es tener celos! Tú no comprendes los horribles pensamientos que al escucharte cayeron sobre mi cerebro, que me lo martillean ahora!

MARIA. Basta! Basta! (FERNANDO, *como dominado por una resolucion violenta, se levanta.*)

ERN. Maria. Yo le juro á usted por mi honor que ese hombre no morirá.

MARIA. (*Con espresion de gozo.*) Qué dice usted! (*Observando á* FERNANDO *que se dirige á la mesa y toma la carta que habia dejado en ella.*) Pero, qué veo?... Fernando, júreme usted que respetará su propia vida!

FERN. (*Con desesperacion.*) No exija usted mas, por el cielo!

MARIA. Ese escrito odioso... esa resolucion sombría... No te mates, Fernando: mira que yo te he amado siempre, que yo te amo con toda mi vida!

FERN. Qué martirio! (FERNANDO *se aparta de* MARIA: *ella lo coge de una mano y la llama hácia sí violentamente.*)

MARIA. Nada puede mi amor! en buen hora! Pero tu madre, Fernando, piensa en tu madre.

FERN. Mi madre!

MARIA. Sí, tu madre, que vive por tí, para tí solamente!

FERN. Calla por piedad!

MARIA. La pobre anciana, cuyos últimos años condenarias á la desesperacion! Tu madre, á quien el réprobo suicida robaria hasta el triste consuelo de rezar por el alma de su hijo!

FERN. Madre mia!

MARIA. Piensa en ella. Quién la ampararia en su infortunio? Quién la consolaria en su desgracia, 'faltándole hasta la esperanza de que velaba por ella tu mirada desde el cielo!'

FERN. No mas! Va á estallar mi corazon!

MARIA. Tú no puedes cometer ese crímen. No hay hombre alguno que lo cometa! 'Los réprobos apartarian con horror su vista del hombre que atentase á su vida, dejando una madre sola en el mundo!'

FERN. (*Sollozando.*) Ah!

MARIA. Contesta, Fernando, por Dios. No es verdad que tú desechas tan culpable pensamienlo?

FERN. Sí, es fuerza vivir. Vivir con el dolor por pasado; con la deshonra por presente, sin esperanza!

MARIA. Tu madre!

FERN. Háblame de ella, Maria, porque necesito que suene su nombre en mis oidos para afrontar los años que me aguardan! Solo sobre su seno podrá descansar mi frente abrumada con el peso del deshonor y la desventura!

MARIA. Tú, Fernando mio, condenarte á esa existencia de desesperacion...

FERN. Calla! siento pasos!

MARIA. Son ellos! Ellos que vienen á buscarte!

FERN. Tan pronto! Retírate, Maria! Qué hacer?

MARIA. Tú vacilas. No, no me ocultaré, me verán, les diré que te bates por mí!

FERN. Calla, ocúltate. Desde alli puedes oirme. (*Señalando el gabinete.*)

MARIA. Fernando! Bendito seas! (*Ocultándose.*)

ESCENA VI.

FERNANDO, LUIS, EL BARON.

LUIS. Estás pronto?

FERN. Espera. (*Dirige sus miradas alternativamente á los interlocutores y al gabinete donde está* MARIA.)

BARON. Tiene usted que hacer antes de partir?

LUIS. Mira que es tarde, Cárlos, y los otros estarán ya en el terreno.

FERN. (*Comprimiendo su corazon.*) Tengo que deciros... (*Con resolucion.*) que yo no me bato.

LUIS. Fernando!
BARON. Qué dice usted? } (*Con sorpresa.*)

FERN. Digo que no me bato con Cárlos. Que publiquen ustedes por Madrid que soy un cobarde! (*Apretando su corazon.*)

BARON. Pero...

FERN. Baron, imagina usted que yo tenga miedo á la muerte?

BARON. Yo veo que usted la rehuye, comprometiendo la opinion de dos caballeros.

FERN. (*Con un grito terrible.*) Baron! (*La puerta del gabinete en que está oculta* MARIA *se mueve.*)

LUIS. (*Interponiéndose entre el* BARON *y* FERNANDO.) Señores! (*Ap. al Baron.*) Alguien está oculto en aquel gabinete. (*Alto.*) Fernando, creo que comprenderás que nos debes una esplicacion de tu conducta.

FERN. Ahora no puedo darla.

LUIS. Está bien, nos retiramos, respetando el motivo que te obliga á callar.

BARON. Luego se encargará usted de probarme que no tiene miedo á la muerte.

FERN. Nos veremos, Baron.

BARON. Nos veremos. (*Salen el* BARON *y* LUIS.)

ESCENA VII.

FERNANDO, MARIA.

(FERNANDO *oculta su cabeza entre las manos y prorumpe en sollozos.* MARIA *sale del gabinete.*)

FERN. Qué he hecho! Qué he hecho!

MARIA. Fernando!

FERN. Deshonrado! solo!

MARIA. *Solo!* No; yo soy tuya, no mas que tuya.

FERN. Maria!

MARIA. Qué sacrificio igualará al tuyo?

FERN. Vida mia! (FERNANDO *y* MARIA *se precipitan el uno en brazos del otro.* ELENA *aparece por el fondo.*)

MARIA. Ah!

FERN. Elena! (*Ambos se separan.* ELENA *se adelanta. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion de los tres primeros actos.

ESCENA PRIMERA.

ELENA *sola.*

El dia se adelanta y aun no ha venido Carlos: habrán vuelto á encontrarse? no querrá Dios que hayan sido inútiles tantos esfuerzos para impedirlo! Pobre Fernando, cuán grande es su sacrificio! Dichosa mil veces la imprudencia de Maria! Ella solo pudiera haber evitado que el duelo se verificase. Pero á cuánto se espuso! Por evitar á su marido el peligro de la muerte, no vacilaba en huir con Fernando. Insensata! Felizmente llegué á tiempo de impedir ese mal, que hubiera sido mayor que cualquier otro. Sublime fué la abnegacion de Fernando! Dios le dé la felicidad que en recompensa merece!

ESCENA II.

ELENA, CARLOS. CARLOS *entra con aire sombrio y ensimismado. Despues de dejar su sombrero, pasea inquieto por la escena.*

CARLOS. Elena, tú aqui tan de mañana?

ELENA. Sí: he pasado la noche algo inquieta, y deseaba respirar el aire libre.

CARLOS. Y Maria?

ELENA. Aun duerme.

CARLOS. Largo es su sueño. Cuando salí esta madrugada me dijiste tambien que estaba reposando. Tú, sin embargo velabas. Sabes tú algo, Elena?

ELENA. Lo sé todo.

CARLOS. Todo?

ELENA. Sé que Fernando y tú habriais de batiros esta mañana.

CARLOS. Y sabes que él no ha querido batirse? Sabes que se niega á darme su vida que me pertenece?

ELENA. Carlos!

CARLOS. Inferir el agravio y rehuir la venganza! Esto es una villania.

ELENA. Por qué lo injurias de ese modo? Qué mayor satisfaccion que la que te proporciona el reconocimiento de su falta? Qué mejor venganza que la que te da el remordimiento que devorará el corazon de ese desgraciado?

CARLOS. Elena, tú no comprendes que yo necesitaba algo mas? Pero dejemos esto. Retírate á descansar, y si Maria se ha levantado, díle que deseo hablarle.

ELENA. Tan pronto!

CARLOS. Sí: nada temas. Estoy todo lo sereno que mi situacion me permite, y necesito hablar con ella.

ELENA. Voy á llamarla.

CARLOS. Adios.

ELENA. (Felizmente ignora que *(Retirándose.)* Maria salió anoche de casa.

ESCENA III.

CARLOS *solo.*

Mi cabeza se trastorna al choque de la multitud de pensamientos que la combaten. No ha querido batirse! Condenacion! Recibir de un hombre una injuria, que nos hace apurar toda la amargura de la desgracia y el deshonor! recibirla para contraer una deuda de gratitud con el ofensor, que con insultante generosidad nos perdona la vida! Sí, porque él nunca ha sido cobarde: él no ha querido batirse, porque no se atrevia á matarme: maldita la hora en que encadené mi suerte al capricho de esa muger!... Sin embargo, siento á pesar mio un no sé qué, que me incita á perdonarla, y no, no es solo el recuerdo del amor que le he tenido, es una voz del alma, que me dice que no debe recaer sobre ella toda la culpa. Pero por qué se enlazó á mí? Por qué no se negó á pronunciar el juramento, que unia para siempre nuestros destinos? Muger!... Ser desdichado, que nos promete la felicidad para darnos la muerte! Cómo fiar en las palabras de su boca? Cómo creer sus manifestaciones de cariño, si educada en el fingimiento, si convertida su voluntad en el resorte de una máquina que otra voluntad impulsa, es fuerza que sus acciones hagan traicion siempre á los sentimientos de su alma! No dejeis á la muger que diga lo que siente, no permitais que parta de sus labios la confesion sincera de sus deseos: haced que obedezca el vuestro; pero sin tiranizarla grosera y materialmente: el tiempo de tan estúpida tirania ya pasó; ella seria impotente, porque el hombre que espera en el altar rechazaria á la muger que fuese arrastrada á él por el brazo de su padre. No, no violenteis despóticamente su pasion: dominad su albedrio con el tiempo y la constancia, mezclando la severidad á la súplica, el mandato al erróneo consejo, y luego, satisfechos de vuestra obra, arrojad esa muger enamorada en los brazos de un hombre á quien no ama, y arrojadla tranquilos! Qué temor podrá asaltar al feliz esposo? (*Con sarcasmo doloroso.*)

Vuestra hija está educada con todos los principios de honradez que convienen á su alma pura y virtuosa. Qué importa que al hablar sus labios contraidos devoren un nombre que vaga siempre en ellos? Un nombre que no es el de su marido! Qué importa que se llenen sus ojos de lágrimas criminales al encontrar una mirada que por do quiera persigue la suya? Qué importa que al reposar su seno sin mancha sobre el seno del confiado esposo, su alma acaricie el recuerdo de un amor perdido? Qué le importa al hombre que en ella cifra su existencia, si ha sido respetado su lecho, que en él se agite un corazon adúltero?

(*Se sienta, y apoyando los codos sobre una mesa, oculta su cabeza entre sus manos. Pasados algunos momentos de silencio aparece* Maria *en la puerta de su dormitorio: viene muy pálida y con el cabello descompuesto.* Carlos *siente sus pisadas, y al verla se levanta.* Maria *deja escapar un gemido y se apoya en una silla.* Carlos *pasa su mano por la frente, y con aire resuelto la llama hácia sí.*)

ESCENA IV.

Carlos, Maria.

Carlos. Es ella! (*Levantándose.*)

Maria. Ah!

Carlos. Acércate, Maria: sentémonos. Tengo que hablarte.

Maria. (Yo muero!) (*Se sientan.*)

Carlos. Estás muy pálida.

Maria. He sufrido mucho. Ya, gracias al cielo...

Carlos. Te suplico que no traigas á tu memoria nada de lo pasado. Me faltaria la serenidad de que ambos necesitamos. Hablemos de lo porvenir.

Maria. De lo porvenir?

Carlos. Sí: he determinado tomar una resolucion que voy á confiarte.

Maria. Haz de mí lo que quieras.

Carlos. El motivo que (*Con afectada serenidad.*) desde hoy desune para siempre nuestras almas no es de nadie conocido, y preciso es que todo el mundo lo ignore.

Maria. Sí, sí!

CARLOS. Pero no es menos preciso que nosotros nos separemos.

MARIA. Una separacion!

CARLOS. Sí. Por qué lo estrañas? Cuando no existe un lazo que ligue nuestros corazones, nuestra union seria un sacrílego sarcasmo, hecho al verdadero amor de los esposos.

MARIA. Carlos, * yo sufriré el castigo que quieras imponerme; pero un castigo silencioso. Los tormentos mas horribles me parecen un consuelo, comparados con una frase de tus labios. * Comprendo que no tengo derecho alguno para pedirte que no te apartes de mí.

CARLOS. No, Maria, ni tampoco lo deseas. ¿Me amas tú por ventura?

MARIA. Yo te juro...

CARLOS. Te engañas. Tú no (*Interrumpiéndola.*) me amas ni me has amado nunca. Amarga verdad, que por desgracia demasiado tarde he conocido! * Tú has sentido por mí esa afeccion dulce que enlaza dos corazones con los frágiles lazos de la amistad, del aprecio...* Ahora me compadeces, porque me ves desgraciado, y te juzgas la causa de mi desgracia. Son estos los vínculos que deben anudar dos existencias que han jurado ante la faz de Dios ser una sola?

MARIA. Ah! perdon, Carlos (*Cayendo de rodillas.*), perdon.

CARLOS. Yo te perdono (*Levantándola.*), desventurada muger, yo te perdono el mal que hiciste á mi corazon, por no haberlo herido con el puñal del desengaño! Cuánto mas feliz fuera yo, Maria, si convencido de que no me amabas, pudiera, triste y aislado, adorar en tí el recuerdo de mis ilusiones de amor no realizadas!

MARIA. Por qué has amado á esta muger miserable, que tan poco te merecia?

CARLOS. Basta: inútil es ya cuanto hablemos. Escucha: dentro de muy pocos dias saldré para el extranjero, pretestando cualquier negocio; tú podrás seguirme y escoger el punto de residencia que mas te agrade, si no quieres permanecer en Madrid al lado de tu padre. Una vez fijado el punto en que hayas de vivir, yo me separaré de tí, y no volveremos á vernos.

MARIA. Jamás?

CARLOS. Jamás. Si es cierto que sientes alguna pena por esta separacion, que habrá de ser eterna; si la ausencia del

hombre de quien jurastes ser la compañera, asoma alguna lágrima á tus ojos, justo es que sufras ese castigo. Yo tambien sentiré á veces oprimido mi pecho; yo tambien desearé quizá posar mi cabeza sobre un seno querido sin poder encontrarlo. Suframos ese dolor. El me ofrece la seguridad de que nuestro honor permanecerá ileso sobre el sepulcro de nuestro cariño.

MARIA. Cárlos! Tu noble generosidad me asesina! Cuán desgraciado te he hecho!... Oh! si aun crees que tu esposa no te ha faltado, prométela que volverás á verla.

CARLOS. Nunca. (*Entra por una puerta lateral de la izquierda del espectador.*)

ESCENA V.

MARIA, FERNANDO.

(MARIA, *oculto su rostro con el pañuelo, la despierta de su abstraccion la voz de* FERNANDO.)

MARIA. (*Sola.*) El tambien! él tan digno de la felicidad será siempre desgraciado y por culpa mia! Dios mio! No era bastante el dolor de mi alma? Nó era bastante el del infeliz Fernando?

FERN. Maria!

MARIA. Cielos! Qué miro? huya usted, por Dios, que no lo vea mi marido.

FERN. Nada tema usted. Vengo á buscarlo. Voy á partir dentro de pocos momentos.

MARIA. Adónde?

FERN. A Sevilla, al lado de mi madre.

MARIA. Esplíquese usted.

FERN. Anoche, cuando llegué á mi casa, me dió mi criado una carta; miré el sobre, conocí la letra, era de mi madre!

MARIA. Pero...

FERN. No tuve valor para leerla: despues, cuando cediendo á los ruegos de Elena, cediendo á las inspiraciones de mi alma, consumé el doloroso sacrificio de renunciar á mi dicha, me paseaba presa de la mas honda desesperacion, asaltándome por segunda vez la idea de li-

brarme del peso de la vida.

MARIA. Oh! ese pensamiento...

FERN. Tranquilícese usted. Recordé sus últimas palabras, y mis ojos se clavaron instintivamente en la carta de mi madre. Dí un grito y me apoderé de esa carta, con el ansia con que clava sus uñas en la arena el náufrago arrojado á la playa.

MARIA. Fernando. Dios dará al hijo arrepentido consuelo y felicidad.

FERN. Felicidad! Consuelo! Ingrata la naturaleza del hombre, cediendo á esa voz engañosa que le grita, *adelante!* no encuentra la felicidad que persigue en el seno amante y generoso que le dió la vida; que lo adormeció de niño! Lo abandona para correr en pos de una quimera que jamás llega á realizar! Cruel ingratitud que todos cometemos! Pecado cuyo castigo arrojará sobre nuestra frente la mano de nuestros hijos! Infeliz el que habrá de espiar su ingratitud con la sombria desesperacion de una vejez solitaria; sin manos queridas que cierren sus párpados al morir, sin labios que endulcen su agonía con oraciones partidas del alma!

MARIA. Fernando!

FERN. Es verdad. A qué hablar de esto? No se trata de mí. Lea usted, Maria. (*Le da una carta.*)

MARIA. «Hijo mio; dos años de (*Leyendo.*) sufrimientos callados »han destruido la existencia de Eugenia. La pobre ni»ña debe morir muy pronto. Hoy mismo me ha dicho »su médico que solo tú podrias salvarla de la muerte, »ó dulcificar su agonia; tu venida es la única esperan»za que resta para la pobre jóven que te sacrificó su »alma y se muere de amor y de pena. Nada mas te di»go. Tu madre.» (*Hablando.*) Se muere de amor! Le amaba á usted tanto, y usted mientras pensaba solo en esta torpe muger que tan desgraciado lo ha hecho!

FERN. No se culpe usted, Maria. Usted obró como era fuerza que obrase, como ordena la fatal ley que nos preside. Qué es el amor? Interminable cadena de verdugos y de víctimas. Soñado paraiso que la loca esperanza anima con sus hermosos delirios, y en el que se compran el hastío, la desesperacion, á costa de los mas nobles sentimientos! Cárlos! Eugenia! Víctimas inocentes! Usted, Maria, asesinó mi alma con su debilidad! Duro es

el castigo que sufre unida hasta la muerte al hombre que no ama, y en cuya mirada verá siempre una amarga reconvencion!...

MARIA. Silencio por piedad!

FERN. Y yo el matador de Eugenia; yo el ofensor de mi mejor amigo; yo el hombre que, idolatrando en usted, osó imaginar hacerla caer en el abismo del crímen y de la deshonra... Yo me veo condenado á vivir!!

MARIA. Y aun no basta. Es necesario que el sacrificio sea completo.

FERN. Qué quiere usted decir?

MARIA. Si es verdad que nada desea, que nada aguarda ya en la tierra, devuelva usted la vida á la muger que lo ama.

FERN. Imposible!

MARIA. Si usted comprendiera (*Con pasion.*), Fernando, la inmensa dicha que embriagará el ser de Eugenia cuando los labios de usted le digan, *yo te amo!*

FERN. Está usted llorando!

MARIA. No atienda usted á mis lágrimas. Si usted comprendiera esa ventura suprema, no vacilaria un instante en concederla. Sí, sí, Fernando. Usted puede arrancar su presa á la muerte, y usted se la arrancará!

FERN. Y á qué costa! No es en mi en quien pienso al negarme á ello; no puede ser ya mi suerte mas amarga de lo que es. Pero si eso pudiera realizarse, si tocando mi mano la de Eugenia, ella volviese á la vida, qué la aguardaba en lo porvenir? Su pasion pura y generosa seria pagada con mi inevitable desvío! Sorprenderia en la mirada de mis ojos el secreto horrible, de que en los brazos de mi esposa suspiraba por la amada de mi corazon! Desventurada Eugenia! No comprende usted que llegaria á maldecir la hora en que yo convirtiera su lecho de muerte en el lecho de un matrimonio sin amor?

MARIA. Tenga usted compasion de mí! (*Cubriéndose el rostro con el pañuelo. Pausa.*) Pero no; Dios concede fuerzas, Fernando, Dios se las dará á usted para que sepa esconder en el fondo de su pecho todo sentimiento que pueda amargar la vida de su esposa.

FERN. Maria, yo no me juzgo capaz de acallar los gritos de mi alma.

MARIA. Sí, Fernando, espiemos nuestras faltas con el cumplimiento de tan dolorosa virtud; seamos tan buenos como infelices.

FERN. Oh! no basta estar condenado á sofocar el amor que era mi vida! Tendré que ahogar los gemidos que me arranque su recuerdo!...

MARIA. Será igual nuestra (*Con pasion.*) suerte!

FERN. Ah! sí, Maria! Tú tambien (*Con contraste.*) sufrirás; tú tambien sufres de ese modo! Insensato! y he podido vacilar un instante? Ya me siento capaz de todo. "Esa idea cruzó por mi cabeza; pero me sentia débil para realizarla. Creia que era infiel á nuestro amor puro y desgraciado, sacrificándome por Eugenia; no podia hacerlo!" Pero qué no conseguirán tus palabras? "Cuánto te debo, Maria mia! Todas las acciones, todos los pensamientos virtuosos de mi vida son tuyos; tuyos, mi ángel bueno, á quien jamás he merecido poseer!

MARIA. Basta, basta. Fernando. Separémonos, no debemos perder un instante: la dilacion haria flaquear nuestras almas."

FERN. Dentro de pocos momentos salgo para Sevilla.

MARIA. (Tan pronto! Valor, Dios mio!) Sí, es menester que nos separemos para siempre.

FERN. Para siempre!! Sí; nuestras miradas no volverán á encontrarse, nuestras palabras no se cruzarán jamás; pero, no es verdad, Maria, que en el misterio del corazon vivirá siempre aquel amor, que sin ruborizarte puedes evocar ante los ojos de tu esposo? No es verdad que, aunque no pronuncie tu boca su nombre, tu alma en sus horas de angustia llamará á Fernando? Lloras? Callas!

MARIA. Fernando, la noble resolucion que anima á usted, debe hacerle sentir la mordaza de hierro con que el deber sella mis labios.

FERN. Bien está: es fuerza resignarse!

MARIA. (Padre mio, yo te perdono lo desgraciada que me has hecho!)

FERN. "Maria, me concede usted que por la vez última estreche entre las mias su mano; que mis labios la toquen?

MARIA. "No, no por el cielo! separémonos dignos de soportar las miradas de aquellos á quienes debemos nuestra honra."

FERN. Maria!

MARIA. Ni una palabra mas, por compasion.

FERN. Adios, Maria! *(Con dolorosa violencia.)*

MARIA. Adios! (Y no volveré á verlo!) *(Dice el aparte dejándose caer en una silla y deshecha en lágrimas.)*

ESCENA VI.

FERNANDO, CARLOS, MARIA.

(En el momento de salir FERNANDO *aparece* CARLOS *en el dintel de la puerta por que salió antes y se interpone en la marcha de aquel, quien retrocede y dirigiéndose á* CARLOS *dice lo que espresa el diálogo.)*

FERN. Carlos, viviendo ella nunca volveremos á vernos.

CARLOS. Todo lo he escuchado...

FERN. Me perdonas? *(Tendiéndole su mano.* CARLOS *vacila un instante y despues tiende su mano, que* FERNANDO *estrecha con efusion bajando su cabeza.* MARIA *vuelve la cara, los vé, y cruza sus manos sobre el pecho, alzando sus ojos al cielo.)*

MARIA. Gracias, Dios mio!

(CARLOS *y* FERNANDO *se separan; esté al ver á* MARIA, *vacila en salir.* CARLOS *tiende su brazo con ademan solemne indicándole la puerta.* FERNANDO *sale precipitamente secando sus lágrimas.* CARLOS *se adelanta hacia* MARIA *y la levanta en sus brazos.)*

MARIA. Carlos!

CARLOS. Maria! Cuántas desgracias ha ocasionado tu debilidad!

MARIA. Carlos! Carlos! No me abandones.

CARLOS. Es preciso. No existe lazo alguno que nos una.

MARIA. Sí, sí, hay una existencia que reclama *(Cayendo de rodillas.)* nuestro amparo, nuestro mútuo cariño.

CARLOS. Maria!

MARIA. Hay un ser que une irrevocablemente nuestras vidas.

CARLOS. *(Levantándola.)* Ah, sí! Perdí la esposa que mi corazon anhelaba; pero viviré al lado de la madre de mi hijo! *(Cae el telon.)*

FIN DEL DRAMA.

NOTA.

En la noche que se estrenó este drama causó estrañeza al público que en el cuarto acto Maria se ocultase dos veces en el gabinete de Fernando: el autor, para desvanecer los escrúpulos del público, hizo en dicho acto para la representacion de la siguiente noche las variaciones que á continuacion se espresan, y que podrán adoptar ó no, segun les plazca, los directores de escena.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, EL BARON, LUIS. EL BARON *y* LUIS *entran por el fondo.* FERNANDO *por la derecha.*

BARON. Fernando.
FERN. Buenas noches, Baron. Adios, Luis.
LUIS. Hemos hablado con Carlos, etc., etc., hasta el final de la escena.

ESCENA II.

FERNANDO, UN CRIADO.

FERN. Ha venido alguien á buscarme?
CRIADO. Nadie.
FERN. Puedes retirarte; pero no te recojas.
CRIADO. Se le ofrece á usted algo? Etc., etc., etc., hasta el final de la escena.

ESCENA III.

FERNANDO *solo.*

Todo el monólogo hasta que dice: *Si la mano de hierro del destino ha de arrancarnos de la senda que á él nos lleva.* El párrafo que comienza en este punto hasta el final, fué sustituido con estas frases: *El quiere que el crimen acabe mi desgracia! Cúmplase su voluntad!*

ESCENA IV.

FERNANDO, MARIA.

MARIA. Fernando!

FERN. Maria, usted en mi casa!

MARIA. Sí: por qué estrañarlo? He venido á impedir la muerte de mi esposo.

FERN. Qué dice usted? Lo sabe todo!

MARIA. Sí, he sabido que van ustedes á batirse, y Dios me ha dado fuerzas para venir aqui á estorbar que ese duelo se verifique! Porque no se verificará. De rodillas, de rodillas se lo pido á usted. Yo no tengo ni aun lágrimas: mis ojos estan secos como la ceniza! etc., etc. etc. hasta el final del acto.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Mentira inocente. (Una)

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
Noche en blanco. (Una)
No es la Reina.

Para heridas las de honor.
Paje y un caballero. (Un)
Pescar á rio revuelto.

San Isidro (*Patron de Madrid*).
Suplicio de Tántalo. (El)
Su imágen.

Trabajar por cuenta agena.
Traidor, inconfeso y martir.

Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.

Verdad en el espejo. (La)

TITULOS DE LAS OBRAS.

ZARZUELAS.

El Ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El secreto de la reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (su música).
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle de Tudescos, núm. 21, cuarto principal.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gomez.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Albarez.
Cartagena.	Nadal.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	García.
Figueras.	Plá.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Sagristá.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Moya.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferreiro.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Garcia.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Idem.	Hidalgo.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. Gonzalez.
Talavera.	Bidarte.
Valencia	M. Garin.
Valladolid.	Aguilar.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Viuda de Heredia